El Corsario
184
2563

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia cerca de 300 comedias cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil de Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas).
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronceda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia.
D. Ramon Navarrete.
D. Gaspar Fernando Coll. &c. &c.

MADRID.

LIBRERIAS DE CUESTA Y ESCAMILLA.

18

EL CORSARIO.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDO Y ARREGLADO

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
JORGE MOMBEL.	*D. José Garcia Luna.*
DARVILLE.	*D. Pedro Sobrado.*
EMILIA.	*Doña Matilde Diez.*
CORMON.	*D. Lázaro Perez.*
EL CONDE DE ARCOURT.	*D. Florencio Romea.*
EL BARON DE PERSIL. .	*D. José Diez.*
EL MARQUES DE MENARD.	
EL VIZCONDE DE BUSSI. .	
NATANIEL-EL-MULATO. .	*D. José Castañon.*
JOSÉ.	*D. Luis Fabiani.*
DUVAL.	
PICARD.	
ALBERTO.	
ACOMPAÑAMIENTO.	

La escena es en Francia, en el reinado de Luis XV.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

En los jardines de Versalles: una noche de máscara: ruido de gentes y músicas lejanas.

ESCENA PRIMERA.

CORMON. DUVAL.

Cormon. (*Incomodado.*) Con que nada de nuevo? Vereis cómo el rey acaba por enfadarse. Como que no se pasan ocho dias sin que el embajador inglés le eche alguna indirecta á S. M., sobre el negocio del dichoso corsario... y estamos temiendo que cuando menos se piense lo hace cuestion de paz ó de guerra. Vos, señor Duval, aunque sin nombramiento oficial, sois el principal agente de mi policía secreta, y asi os advierto que este es negocio que puede hacerme caer en desgracia con S. M.; y si yo caigo... vos quedais tambien destituido. Con que, es absolutamente necesario que me pilleis á ese hombre. (*Mas incomodado.*) Pues señor, no es una vergüenza que haga ya dos años que sabemos que anda por Paris, y no me le atrapeis? En qué diablos pensais?—Verdad es que el tal hombre es estraordinario, y debe tener protectores poderosos: hoy muere, mañana resucita: hoy está en Roma, mañana en Paris... Pero qué demonio! para eso es la policía; para vencer esas dificultades.

Duval. Y no perdono medio, señor; pero qué quereis que haga? No se trata aqui de un proscrito cualquiera; Jorge Mombel es un hombre que se ha estado burlan-

677560

do cinco años de la marina inglesa y de la marina francesa juntas.—Ahora le ha dado por saltar en tierra, y hace dos años que andamos tras él; pero tiene á su devocion una docena de marinos de su bergantin, que le acompañan á todas partes, y que le adoran de suerte que se dejarán descuartizar por él. Tiene tambien agentes secretos, como vos los teneis; pero con la diferencia de que él sabe lo que nosotros hacemos, y nosotros no sabemos lo que él hace. En fin, señor, yo estoy tentado de creer que no es hombre, sino el mismo Satanás en persona!

Cormon. Aunque lo sea, es preciso pillarlo! Tengo en ello ademas interés personal. Jorge Mombel era mortal enemigo de mi difunto primo el conde de Arcourt; y sospecho que conserva el mismo rencor á su hijo, al conde actual.

Duval. Y yo tambien lo sospecho, señor. No hay mas que recordar la historia de ese odio hereditario: Jorge Mombel estaba casado con una hermosa joven: el conde, al morir, reconoció por heredero directo á un hijo natural, que es el actual conde, vuestro sobrino; y ya sabeis que averiguamos que este señorito descendia por línea materna de la esposa de Mombel.

Cormon. No me recordeis esa historia. Siento que mi primo dejase por heredero á un hijo natural, en perjuicio mio; pero bien está lo hecho; y aunque el joven tenga esa tacha en los cuarteles de su escudo, es valiente y generoso, y es uno de los nobles que mas estima el rey: el Delfin le quiere entrañablemente... Vamos, lo demas son secretos de policía; y ni él ni nadie debe saber quién fue su madre: es hijo del conde de Arcourt, y nada mas.

Duval. A nadie he hablado de esto sino á vos.

Cormon. Bien está.—Id ahora á la galería de las musas: haced que entren en el cuarto del rey y que llamen al señor Darville, al tesorero de la real casa, y decidle que le espero: hacedlo de modo que no lo noten. Estaré en aquel bosquecillo... ó en ese pabellon primero. (*Duval saluda y se va.—Sale un lacayo con librea de la casa real.*)

Lacayo. Señor, la lista de los máscaras que han entrado en esta última hora. (*Le da un papel.*)

Cormon. (*Despidiéndole.*) Bien. (*Se va el lacayo.*) Veamos. (*Se acerca á un arbol iluminado y lee.*) «De once á doce han entrado en los jardines de Versalles, despues de dar el nombre, segun se ha mandado: el duque de Luxemburgo, de dios Marte: el duque de Levis, de rey David: el señor Albano y un acompañante, de caballeros venecianos...» Quién es este Albano?... Ah! es ese nuevo agregado á la embajada de Nápoles; ya!—(*Se pasea inquieto.*) Pero señor, ese maldito Jorge Mombel!... no sé qué daria por pillarlo!—Oh! si lo consigo, la Inglaterra me ofrece apoyarme para subir al ministerio, que es toda mi ambicion.—Bien que eso puede que lo logre por otro medio... sustituyendo á la actual favorita... con otra favorita! El rey está loco por ella!... Cuatro meses hace que ando trabajando en el asunto... pero á pesar de mi maña... ese condenado de Darville con sus escrúpulos!... Cree á pies juntillas en la virtud de su muger... y aun creo que la conserva algo de amor todavia. En fin, no hay que desesperar: el rey quiere que no se trasluzca, y... Por aqui viene gente: es la voz del baron de Persil y sus camaradas... mi sobrino viene con ellos... Diablo de importunos! (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CONDE. EL BARON. EL MARQUES. EL VIZCONDE.

(*Los cuatro traen magníficos disfraces.*)

Baron. Quedémonos á la entrada de este bosquecillo, señores. No se ha visto en el palacio de Versalles otra fiesta mas magnífica; pero demasiada gente!—Respiremos aqui un rato el fresco ambiente de esta hermosa noche.

Marques. Buena ocasion para murmurar un poco de la corte!

Baron. Conde de Arcourt, te presento al marques de Menard, capitan de los gendarmes del rey, jugador, discreto y libertino... como yo; y uno de mis buenos camaradas.—Marques, te presento al conde de Arcourt,

teniente de fragata de la marina real: no estrañes sus modales poco palaciegos: siempre embarcado, y batiéndose... no con los ingleses; ya nuestra marina no se bate con la suya... ha estado persiguiendo corsarios y piratas... en provecho del comercio ingles! Desde su vuelta sospecho que anda enamorado, y que ha dado en ser filósofo... Por lo demas, mi mejor amigo!

Vizconde. (*Aparte al marques.*) Pues el conde de Arcourt, no murió soltero?

Marques. (*Aparte al vizconde.*) Sí; pero hubo adopcion... reconocimiento: este es bastardo.—Oh! el nombre del conde de Arcourt es glorioso por mas de un título. Cinco años hace que á las puertas de palacio un asesino levantó el puñal sobre el rey, y el conde, que estaba allí, se interpuso y salvó al monarca, recibiendo una herida, aunque leve.

Baron. Y no pidió mas premio que entrar á servir en la fragata *Belona.*

Marques. (*Sentándose.*) Pero el rey no se dá por libre de la deuda: asi es que cuando recibió el parte del almirante con la noticia del combate que sostuvísteis con ese famoso corsario... ese azote de los ingleses... ese Jorge... Cómo le llamais?

Conde. Jorge Mombel.

Marques. Ese!—Dijo el rey: «el conde de Arcourt es uno de mis mas valientes soldados; y juro por mi corona concederle la primera gracia que me pida.»

Vizconde. Y cómo es que no han ahorcado todavia á ese Jorge Mombel?

Conde. Poco á poco! Hombres como ese no merecen morir colgados de una verga: es un valiente marino; se bate como un leon... y yo deseo en el alma que se sustraiga á la venganza de la Inglaterra.

Baron. Y á la ingratitud de la Francia!... porque él no se hizo corsario sino desde que se celebró el tratado de 1763, en virtud del cual se postró nuestra marina á los pies del leopardo inglés! Ahorcar á Jorge Mombel!... Y sabeis, vizconde de Bussí, que es tan caballero como vos?... sabeis que ha llevado la charretera de oficial de marina, ni mas ni menos que el conde de Arcourt? Hombre de un temple superior, que ha tenido la flaqueza de creer que aquel tratado menguaba

la dignidad del pais y el honor de la marina francesa, y se ha propuesto hacer que los ingleses le paguen en derrotas parciales la insolencia de sus triunfos anteriores. Asi es, que no hay un oficial de marina en nuestra armada, que no le aprecie por su valor y patriotismo: no es verdad, conde?

Conde. Verdad!

Baron. Apuesto á que os habeis batido con él, muy á disgusto! Pero ya se vé! el gabinete de San James habia dictado sus órdenes á su humilde siervo el de Versalles, y no hubo remedio! Ya habian enviado mil espediciones contra él, y en todas eran batidos. Por fin, dispusieron que la Francia mandase un buque... fue el conde con la fragata *Belona*, y lo alcanzó... Desgraciado encuentro!... Ay, amigos!... se acabaron los tiempos de Fontenoi!—En fin, dejemos esto.—Estamos en la corte del rey mas galante del mundo, y no debemos hablar sino de galanteos. A ver; para disipar el mal humor, quién cuenta alguna aventura?

Marques. (*Levantándose.*) Alto ahí. Tú andas buscando rodeos para contarnos algunos de tus insípidos lances. Por Dios, baron, que seas breve! (*Levántanse tambien los otros tres.*)

Baron. Permita Dios que me case mañana, si tenia semejante intencion! Mi objeto era hacer hablar á otro. Por algunas medias-confianzas que me ha hecho el conde, apuesto á que tiene una aventura que contarnos, de las novelescas y maravillosas...

Conde. Pues no apuestes; porque pierdes.

Vizconde. A que no pierde? Con ese caracter raro, y esas ideas que tienes... creyendo en el amor, y no habiendo vivido en Paris, sino de seis meses á esta parte...

Conde. Ya no creo en el amor!

Marques. Eso será desde que has vuelto á Francia?

Conde. Puede ser!

Marques. Es efecto del clima. Pero vamos, cuenta, cuenta...

Conde. Nada!... qué hay de estraordinario en la situacion de un hombre enamorado de una muger que juzgó pura, y que pasa por tal: circunstancia que fue quizá la que le hizo enamorarse... pero enamorarse de una manera...

Marques. Y la susodicha tenia un amante: ya sabemos el fondo; pero los pormenores, los pormenores... (*Dos hombres, en trage negro de caballeros venecianos, atraviesan lentamente por el foro.*)

Conde. Os contaré... y si alguno de vosotros conserva todavia ilusiones, que acabe de curarse.—La dama de quien se trata no asiste á fiestas ni va nunca á la corte; de modo que me era imposible hablarla; únicamente la seguia en paseo, en la iglesia... y habia alquilado secretamente un cuarto frente de su casa.

Baron. Cuando digo que es hombre de rarezas!...

Conde. Es que la amaba como un loco!... y la amaba, señores, tanto como la respetaba. Me contentaba con mirarla de lejos... no me atrevia á mas! y solo mis ojos la decian, yo te amo!—Una mañana la veo salir de su casa muy de madrugada y recatándose mucho: la sigo sin que lo notara, y... dónde direis que fué? A uno de esos callejones tortuosos y sombríos que hay hácia la plaza de Greve... á un callejon inmundo, donde cada casa es una madriguera de vicios y una caverna de crímenes... en fin, á la calle de Geoffroy! Allí se metió esa muger que yo tenia por un angel, ese ídolo puro que yo adoraba... y se entró en un portalillo que parecia la boca del infierno. Al meterse en él se le cayó, sin que lo notase, el pañuelo de la mano... yo llegué, lo recogí, y me detuve un instante sin saber qué partido tomar. Por fin me decido, subo cuatro tramos... llamo á una puerta donde el instinto me dijo que debia ser... Entro... y la veo en brazos de un hombre que la hablaba de *tú*... un hombre que al pronto me pareció no era la primera vez que le veia. Él se acercó á mí con los ojos encendidos como brasas, y sin poder articular, de cólera, una palabra. «Señora, la dije yo á ella, aqui os traigo vuestro pañuelo, y gracias! — Quedad con Dios!»—Ella cayó medio desmayada; y al marcharme, oia desde la escalera la voz del hombre, que me gritaba: «Conde de Arcourt, te has de acordar de mí!»

Marques. Qué aventura!

Baron. Eh! me parece que oigo ruido entre esos árboles; alguien nos está escuchando!

Marques. Nadie: es el viento.

Baron. Os digo que he visto unos ojos de tigre brillar en lo oscuro.

Marques. Eh!... es el reflejo de las luminarias.—Historia muy interesante, conde, y muy trágica! Inutil será preguntarte si estás curado?

Vizconde. Y si no, nosotros cuidaremos de desencantarlo.

Marques. Pero falta una cosa esencial en la narracion: el nombre de la dama.

Vizconde. Es verdad, y nos lo va á decir.

Conde. Eso no, señores. No es cosa de que mi resentimiento me haga cometer una vileza.

Vizconde. A ver si adivinamos!

Marques. Ya es obra!

Baron. Y qué resultó de la amenaza de aquel hombre? No te ha sucedido nada?

Conde. Nada.

Baron. Pues yo andaria con cuidado.

Marques. Calla!... Te da miedo, Baron, el fantasma de la calle de Geoffroy? Ademas que el conde es sobrino del señor de Cormon, en quien está personificada la policia y seguridad de los habitanes, y ya haria que su tio hiciese pesquisas...

Conde. Mudó de habitacion el mismo dia: nada se pudo averiguar.

Marques. Hola!... el de la amenaza fue quien tuvo miedo. Ea, vamos á palacio.

Baron. Andad, que quiero decirle dos palabras al conde. (*Vanse el marques y el vizconde.*)

ESCENA III.

EL CONDE, EL BARON.

Baron. Te has entristecido recordando tu historia: siento haber sido la causa... pero te saqué la conversacion con un objeto.

Conde. Cual?

Baron. Yo sabia que andabas enamorado, y se me habia metido en la cabeza que era de la misma que yo.

Conde. Y te has desengañado?

Baron. Mi sospecha no era del todo infundada... Te confiaré el secreto: yo hago la corte á madama de Vandrick,

una flamenca sentimental que te mira mucho y con un interés!... Como que yo, para conquistarla esta noche en la máscara, sabes lo que he pensado? hacerme pasar por tí, para lo cual me informé de tu criado José, del dominó que traias, y me he mandado hacer otro exactamente igual... negro... con esos lazos encarnados... en fin, lo mismo. Dentro de un rato me lo pongo, me acerco á ella... y apuesto algo bueno á que á favor del engaño...

Conde. Buen proyecto!

Baron. Tú no te opones, eh?

Conde. Yo?... Dentro de un rato me marcho á dormir.

Baron. Mejor!... asi esperaré á que te marches. Esto se llama un amigo!... (*Dándole la mano.*) Conde!... soy tuyo en vida y en muerte. (*Se van.*)

ESCENA IV.

DUVAL, DARVILLE, *luego* CORMON.

(*Duval trae á Darville, lo deja y se va á buscar á Cormon.*)

Darville. (*Solo.*) Quién será esa máscara que me ha venido á embromar con el conde de Arcourt?... y qué tonillo de burla!...—Yo tengo confianza en Emilia, y no soy capaz de dar oidos á una calumnia!—Decia la máscara que el conde ha alquilado un cuarto frente de mi casa... Yo averiguaré...

Duval. (*Saliendo con Cormon.*) Aqui está el señor Darville. Nadie me ha visto: yo andaré por aqui, y si viene alguien daré dos palmadas. (*Vase.*)

ESCENA V.

DARVILLE, CORMON.

Cormon. Conocísteis, señor Darville, que era mia la carta que os llevaron esta mañana?

Darville. Al instante, señor.

Cormon. Pues el que la llevó no iba de librea.

Darville. No importa. Como nadie en Paris se toma el interés que vos por mis asuntos...

Cormon. Ni los conoce como yo. Recapitulemos: hablaré bajo, no temais. Vos debeis á la compañia de las indias 300.000 francos?

Darville. Eso viene á ser...

Cormon. Y á mi 120.000?

Darville. Justos.

Cormon. Y á varios otros 180.000?

Darville. Exactamente.

Cormon. Total 600.000 francos: la suma es respetable! Acabais de hacer bancarrota en Leon y en Marsella, la cual ha disminuido mucho nuestro crédito. Dentro de ocho dias la compañía os pedirá el reembolso de su capital, y el sindicado de Paris os pedirá cuentas. Como las presentais?

Darville. Ya sabeis, señor, que de cuatro meses á esta parte, todas son desgracias en mis fondos.

Cormon. (*Aparte.*) Ya se ve que lo sé.—En efecto, desgracias!...

Darville. Yo no sé qué fatalidad me persigue! En fin, mis asuntos estan en mal estado, es verdad; pero, gracias al cielo, aun cuento con recursos para evitar el escándalo de una quiebra. Daré en hipoteca el valor de un buque cargado de cochinilla que de un dia á otro debe llegar al Havre.

Cormon. (*Aparte.*) Hola! sepamos...—Y de dónde viene ese buque?

Darville. De Calcuta.

Cormon. Pues señor.. no quisiera daros una mala noticia.

Darville. Hablad!

Cormon. Hemos recibido parte de que ayer mañana un buque procedente de Calcuta naufragó al entrar en el Havre, y perdió tripulacion y cargamento.

Darville. Y sabeis el nombre del capitan?

Cormon. Todavia no.

Darville. Ah! si es el capitan Lenoir, soy perdido!

Cormon. (*Aparte.*) El capitan Lenoir, bien!—No os desconsoleis todavia: puede que sea otro... aunque las señas... Y en fin, vos teneis amigos!... (*Le coge del brazo y se pasea con el.*) Señor Darville, vos teneis ambicion!... quereis subir mucho en poco tiempo! Pero habeis de saber que esos medios son largos y estan sujetos á mil percances!—Si os llegárais á ver de gefe de una

de las rentas reales... por ejemplo, de la de aduanas!—No faltaria un protector poderoso que os cediera una finca para dar la fianza indispensable... y en diez años os hallabais con cien mil francos de renta. Qué os parece el plan?

Darville. Dificil de realizar!

Cormon. Dificil? Mañana se hace si quereis.

Darville. Mañana? Y eso será bajo condiciones que quizá...

Cormon. Amigo, en la corte nō se da nada de balde.—Ea, señor Darville...

Darville. Señor?

Cormon. Vos sois hombre de mundo!

Darville. Y qué?

Cormon. Creo que al fin nos vamos á entender.—No habeis observado que la Dubarry... la favorita, no está hoy tan ufana y orgullosa como de costumbre? No habeis observado que el rey está como triste y distraido? Pues la melancolia de la favorita procede de que el rey bosteza ya á su lado: (esto os lo digo en confianza) y la tristeza del rey consiste... en que está enamorado... No os diré de quien... pero advertid... (*Oyénse las dos palmadas.*) Ya viene gente!... no nos han de dejar... venid, venid á ese pabellon donde estaremos solos, y acabaremos de hablar. (*Vanse. Atraviesan muchas máscaras por el foro, entre ellas el conde de Arcourt.—Un hombre enmascarado en trage de caballero veneciano, le detiene y le trae al proscenio: los demás se dispersan y desaparecen.*)

ESCENA VI.

EL CONDE, EL MÁSCARA.

Conde. Qué me quieres? habla.

Máscara. Que me oigas un instante.

Conde. Quién eres?

Máscara. Uno... que viene á darte un consejo.

Conde. Un consejo?

Máscara. Saludable.

Conde. Seas quien fueres, ese tono no es propio de un baile de máscara. Aqui no te escucho. Si tienes que hablarme, ve á mi casa: me llamo el conde de Arcourt.

Máscara. Conde de Arcourt, detras de esos árboles he oido la conversacion que acabas de tener con el marques de Menard, el Vizconde de Bussi y otro. Les has contado una historia terrible!... terrible, por el riesgo que corre quien la cuente. Tres personas figuran en esa historia: una eres tú, otra yo, y la tercera una muger, cuyo nombre no has querido pronunciar... eso te salva la vida!—No descubras jamas ese nombre: no lo pronuncies, ni al oido de tu mejor amigo, ni al oido del rey... ni al oido del sacerdote! si no quieres que la rama colateral de la casa de Arcourt venga á recoger tu herencia.—Esto es lo que tenia que decirte. Adios.

Conde. Oyeme tú ahora.—Si es una broma que vienes á darme, te advierto que me ofende.—Si hablas con formalidad, quién te ha engañado, haciéndote creer que me impondrias miedo?—Me prohibes publicar el nombre de tu querida? Si no estás mal con su reputacion, no vuelvas á decir que me lo prohibes.

Máscara. (*Agarrándole la mano.*) Si no estas tú mal con tu vida, no hables una palabra mas!

Conde. Soltad!... qué osadia es esta!—Sois caballero?

Máscara. Y lo eres tú, que vas á sorprender como un vil espia secretos que quizá comprometen el honor de una muger y la vida de un hombre?

Conde. Ah!... ahora te conozco en la voz!... ya se quien eres. Pero tus amenazas no se cumplen.

Máscara. No se cumplen!... (*Llevando la mano á la daga.*)

Conde. Tratas de asesinarme?—Marques!... Baron!... amigos!...

Máscara. Insensato!... No ves que si aprieto te deshago la mano?

Conde. Ay!...

Máscara. No ves que si te toco te hago caer de rodillas á mis pies?... (*Le pone la mano en el hombro y le hace doblar la rodilla.*) Acuérdate! (*Desaparece.*)

ESCENA VII.

EL CONDE, EL BARON, EL MARQUES, EL VIZCONDE, *que llegan por diferentes lados: un lacayo del baron trae un dominó envuelto en un pañuelo.*

Baron. Qué es eso? qué enemigos te han acometido?... alguna linda muchacha, puesto que estás de rodillas... Pero qué veo! estás desencajado!

Marques. Y pálido como un muerto. Estás malo?

Baron. Te han hecho algo?

Marques. Te han querido asustar?

Conde. Asustar!... A mí?... Cómo! pensais que él me asusta?

Marques. Quién?... Está loco!

Conde. Estoy asombrado! Aqui entran personas estrañas! No le habeis encontrado?

Los tres. A quién?

Conde. Pues no ha sido sueño, no! Cuando iba á marcharme... ahora poco... un máscara me trajo aquí de la mano... Yo crei al principio que era algun amigo... Pues no! era el héroe de la aventura que os conté antes... el hombre de la calle de Geoffroy. (*Con risa convulsiva.*) Y sabeis lo que me queria? Prohibirme bajo pena de muerte que descubra á persona humana el nombre de su querida! Prohibírmelo á mí! vamos á buscar al insolente! me ha de pagar el insulto. (*Despues de echar á andar fuera de sí, vuelve arrebatado.*) Y por lo mismo que me ha prohibido nombrar á esa muger, voy ahora...

Baron. Detente, conde. Esa aventura no sé qué tiene de siniestro! Ese hombre es quizá mas temible de lo que tú piensas! — No lo digas, por Dios, no lo digas! — Vámonos nosotros, señores, y busquemos á ese máscara.

Marques. No señor: el honor del conde está ya comprometido. Acaba, Arcourt: esa muger...

Conde. (*En alta voz, mirando á todos lados.*) Es Emilia Darville! la muger de Darville! la hermosa criolla....

la muger sin tacha, si hemos de dar crédito á la fama!

Marques. Lo veis? ya lo ha dicho, y el rayo no desciende.—Con que es Emilia Darville?... qué descubrimiento!—Eh! chit!... y no sabeis que se ha negado á admitir proposiciones hechas de parte del rey?

Los tres. Del rey?

Marques. Lo sé de buena tinta. — Ah, ah, ah! con que S. M. tiene rivales en la calle de Geoffroy? Voy á contar la aventura, y vereis qué enredo se arma. Venid.

Baron. Señores, señores! eso es demasiado! — Quitar la opinion asi no mas á una muger! — Conde, has hecho mal en decir... No lo hubiera creido de tí!

Conde. Marques... vizconde... no quisiera que contárais á nadie lo que he dicho. Ha sido un arrebato... he hecho mal.

Marques. Es que...

Baron. Vamos, vamos, marques, sé prudente siquiera una vez en tu vida! — Ella no es querida tuya, ni.... deja que tenga amantes... á qué publicar sus debilidades? Mejor seria... (*No se oye lo demas: el baron se lo lleva, y vuelve junto al conde.*)

ESCENA VIII.

EL BARON. EL CONDE.

Baron. Me han ofrecido guardar el secreto. Pero tú estás desesperado, cuando pones los ojos en una muger solicitada del rey?

Conde. Sí, desesperado.

Baron. La amenaza de ese hombre me tiene inquieto!

Conde. Permita Dios que se cumpla, y que me libre del peso de la vida! — Así como así no tengo nadie que llore mi muerte... ni madre, ni hermana... ni...

Baron. Y tus amigos?

Conde. Tú, si acaso!

Baron. Vamos, vamos!... Te quieres morir porque una muger te ha engañado? Vaya! — (*Al lacayo.*) Andres, dame ese dominó.—Voy á la intriga que te he dicho. (*Se lo pone.*) Pues no faltaba mas que tomarlo tan á

pechos... habiendo... mil mugeres, y siendo tú el niño mimado...

Cormon. (*Al conde, saliendo.*) Sobrino, tengo que decirte dos palabras. (*Al baron.*) Permitís?...

Baron. Cómo si permito?... Señor de Cormon! (*Saludándole.*) Conde, hasta mañana! (*Vase.*)

ESCENA IX.

CORMON. EL CONDE. *Luego* EL MARQUES, EL VIZCONEE, EL BARON Y ACOMPAÑAMIENTO.

Cormon. Conde, ya sabes que te quiero, como buen tio, y que siempre te aprovechan mis consejos. Pues bien, te digo que no estoy contento de tí... porque no acabas de aprender la brújula de la corte.

Conde. Señor...

Cormon. Déjate de frases heróicas. Tú has contraido ya servicios eminentes... puedes subir como la espuma... No comprometas tu suerte, cuando tan halagüeña se te ofrece. Pasando antes por aqui cerca te he oido ciertas palabras, ciertos nombres... Cuidado! Yo no sé qué puedes decir de Emilia Darville... pero si tienes alguna queja de ella, mira que dentro de pocos dias puede que tenga bastante favor para vengarse...

Conde. Favor?

Cormon. No puedo por hoy decirte mas. Quizá mañana... (*Tumulto, gritos, luces, personas que cruzan aterradas por la escena.*)

Conde. Qué tumulto!... Oigo pronunciar mi nombre.... Marques?

Marques. (*Saliendo: á un oficial que le acompaña.*) Que se doblen los puestos... que se cierren todas las puertas! Capitan Valmont, haced que forme toda la compañía en los jardines. No se escapará, señores!

Conde. Quién?

Marques. El asesino.

Cormon. A quién ha asesinado?

Conde. (*Dando un grito.*) Ah! (*El baron sale sostenido por sus amigos y rodeado de lacayos con hachas encendidas.*)

Baron. Conde! he querido abrazarte antes de espirar... Guárdate!... Por este dominó... El golpe iba destinado á tí. (*Cae.*)

Conde. Oh, remordimiento eterno! Amigo mio, yo te vengaré.

Voces dentro. El rey, el rey! (*Gran movimiento. Luis XV aparece por el foro rodeado de caballeros, guardias &c. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Una sala en casa de Darville.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA. ALBANO.

Emilia. (*Viendo salir á Albano, y echándose en sus brazos.*) Ah, padre mio! cuánto ansiaba que nos viésemos solos para poderos dar este nombre! Os esperaba con tanta impaciencia! cuando tardais un minuto mas de lo acostumbrado, ya empiezo á soñar desgracias. Bien sé que con ese supuesto nombre de Albano y el carácter de agregado á la embajada de Nápoles, estais resguardado; pero una palabra puede perderos! Ah! desde que llegamos á Francia ha huido la paz de mi corazon. Esta Francia, que tanto deseabais ver, ha pagado vuestros servicios con ingratitud, y vuestro amor con la proscricion!

Albano. No confundas, hija mia, la patria con los hombres que la gobiernan. Tranquilízate, estoy seguro: ya me han olvidado. (*Se sientan.*)

Emilia. Quiera Dios que acerteis, y que no se realicen nunca mis temores! Ah! aunque me veis adornada para una fiesta, tengo luto en mi alma!

Albano. Hoy hace dos años que te casaste.

Emilia. Y ayer hizo tres que murió mi madre!

Albano. No recuerdes...

Emilia. Y no os ví en todo el dia... no tuve con quien hablar de ella! No se me han olvidado sus últimas pa-

labras: «Hija mia: tu padre está ausente: dos meses hace que su bergantin dió la vela y partió á cruzar los mares. Si no volverá, y te dejaré sola en el mundo!» —Por fin llegásteis, pálido, herido en el último combate, y os hallásteis á vuestra hija desmayada al lado de su madre moribunda! «Jorje, os dijo mi madre, lleva mis restos á la aldea de Bretaña donde nací: no los dejes en esta tierra estraña, lejos del sepulcro de mis padres!» Y yo no pude oir mas!

Albano. Pobre Eufemia!

Emilia. Al mes dimos la vela para Francia. Una nube de lágrimas cubrió mis ojos al ver desaparecer las montañas de santo Domingo confundidas con los vapores del Océano! Es verdad que llevaba los restos de mi madre á su pais... pero tambien yo dejaba el mio! Oh, isla donde nací! no he de volverte á ver?

Albano. Qué, no eres dichosa en Francia?

Emilia. Sí señor. Aqui tengo un padre que me ama: un marido... que me quiere tambien. Cómo no he de ser dichosa!

Albano. No me engañes, Emilia! No sabes tú bien lo que yo te amo! Cuando estás triste, yo padezco: cuando viertes una lágrima, yo ahogo en mi pecho sollozos amargos! Mucho quise á tu madre; pero no sé si hubiera hecho por ella todo lo que soy capaz de hacer por tí. Nunca me ocultes nada, hija mia. En cuanto te asalte cualquier temor ó formes cualquier deseo, dímelo al instante. Y esto no te lo advierto sin fundamento: tenlo presente!—Ah! mi vida ha sido tempestuosa y amarga! he sentido en mi juventud todas las pasiones terribles que tienen entrada en el corazon. El odio, los celos, la venganza!... Ya se han amortiguado desde que soy padre; pero á una señal tuya, se despertarian en todo su furor!

Emilia. Y no me hablais de Darville?

Albano. Tu esposo?... dónde está?

Emilia. En su despacho: ya le he hecho avisar.

Albano. (*Levantándose.*) Siento que se haya apoderado de él la ambicion... y la ambicion del dinero, que es la peor de todas! Tu dote le bastaba. El camino que sigue está lleno de precipicios. Ademas, te trata con frialdad?...

Emilia. (*Tristemente.*) No señor.

Albano. Bien; porque al darle tu mano le dí á entender que pobre de él si no te hacia feliz! Es celoso?

Emilia. Ah! no, señor.

Albano. No te pese! si supieras lo que eso hace padecer! Siendo asi, nunca te habrá hablado palabra acerca de ese insensato que te perseguia... de ese miserable... en fin, de ese conde de Arcourt?

Emilia. (*Levantándose.*) Nunca!

Albano. Y á tí... el recuerdo de ese hombre... te altera?

Emilia. Qué tengo que temer de él?

Albano. Mucho!... una calumnia.

Emilia. Tan malo le juzgais?

Albano. Porque le conozco! Arcourt!... ya te lo he dicho muchas veces: es familia que odio; es nombre que está mezclado á todas mis desgracias: cómo! no lo sé: ese es un misterio que tu madre únicamente pudiera descubrirte, y lo encerró en la tumba. A su padre lo tenia siempre presente; pero del hijo me habia ya olvidado. Por qué se me ha presentado delante? Imprudente! no sabe él que para mirarle como á mi mortal enemigo, me basta remover las cenizas de lo pasado!

Emilia. Qué decís? Dios mio! Meditais algo contra ese joven? (*Abrese la puerta del foro y aparece Nataniel el mulato. Albano le hace señas de que aguarde y la puerta se vuelve á cerrar.*)

Albano. Mi fiel mulato quiere hablarme. Ve al despacho de Darville y procura que deje por hoy de trabajar.—Tienes confianza en mí, no es cierto? Tranquilízate: conozco los deberes de padre, y sé lo que me toca hacer.

Emilia. (*Aparte yéndose.*) Ah, madre mia! qué revelacion me hiciste!... y qué terrible deber me has impuesto! (*Vase á lo interior de la casa.*)

ESCENA II.

ALBANO. *Luego* NATANIEL.

Albano. (*Solo.*) Se ha turbado al oirme! está inquieta! sin duda teme que esas voces lleguen á oidos de su marido. Pongámosla á cubierto de esa desgracia.—Jóvenes

corrompidos: porque vivís en esa corte depravada, á imágen de vuestro digno soberano, sin creer en Dios ni en la virtud, jugando con la honra de vuestras hermanas y de vuestras esposas, sin que se alce nunca delante de vosotros la espada de un hermano ó de un esposo, creeis que yo soy lo mismo? Os engañais, señores mios! La reputacion de una muger honrada es su vida! Conde de Arcourt, tú has atentado á la de mi hija, y sufrirás la pena del Talion: esto es justicia.—Nataniel?

Nataniel. (*Saliendo.*) Señor, tengo que deciros.

Albano. Acerca de él?

Nataniel. Y de vos.

Albano. Háblame de él primero.

Nataniel. Esta noche viene al baile del señor Darville.

Albano. Arcourt?

Nataniel. Arcourt.

Albano. Sin duda cree que siempre ha de tener la suerte de ayer noche!

Nataniel. Qué disponeis?

Albano. Que muera.

Nataniel. A la venida?

Albano. Viene solo?

Nataniel. Con el marques de Menard, segun me han dicho.

Albano. Entonces, cuando se marche. No suceda otro error!

Nataniel. Yo no tuve la culpa, señor. Era el mismo dominó... negro... los lazos encarnados... en el mismo sitio. Yo obedecí exactamente.

Albano. Es verdad.—Y de mí, qué tenias que decirme?

Nataniel. Que un agente de la embajada de Nápoles ha venido á decirme que el señor Cormon, el superintente general de policía, ha dado órdenes para que se empiecen de nuevo las pesquisas con mas actividad.

Albano. Que ansia tiene de alcanzar el ministerio que la Inglaterra le ha ofrecido en premio de mi cabeza! Vamos á tomar precauciones...

Nataniel. Ahí viene vuestra hija con su marido.

Albano Queria hablarle de las voces que corren acerca del mal estado de sus intereses... pero será en otra ocasion.

ESCENA III.

ALBANO. EMILIA. DARVILLE. NATANIEL, *en el foro.*

Albano. Tenia que hablaros, Darville; pero me han dado un aviso y tengo que marchar.

Darville. Cuando gusteis.

Emilia. Y ese aviso es algo que deba inquietarme?

Albano. (*Abrazándola.*) Nada, hija mia. (*Vase seguido de Nataniel. Darville se acerca á una mesa, toca una campanilla y sale Picard.*)

Darville. Si traen algunas cartas, entrámelas al momento. (*Vase Picard. Darville se sienta.*)

ESCENA IV.

DARVILLE. EMILIA.

Emilia. No quieres perder el tiempo á mi lado!

Darville. De qué tienes queja? No has ido á mi despacho, y sin dejarme concluir mis asuntos, me has sacado aqui á ver á tu padre? Y he dicho yo una palabra?

Emilia. Y qué importa que salgas de tu despacho, si mandas que te traigan aquí papeles para continuar el trabajo? Suspéndelo siquiera por hoy y... No te enfades: mi conversacion no será larga. Esta noche das un baile, y los preparativos que has hecho... No me escuchas?

Darville. Sí tal, Emilia! me hablas del baile... Perdona que por esta vez haga violencia á tu deseo de vivir retirada... Mi posicion exige que reciba gentes...

Emilia. Ah! es por eso! — Yo habia creido que era para celebrar el aniversario de nuestro casamiento.

Darville. Es verdad: por eso en primer lugar.

Emilia. Y te parece que estoy bien?

Darville. Sí, muy hermosa.

Emilia. Pues mi padre me ha dicho que estaba pálida.... que se me conocia que habia llorado.

Darville. Llorado? por qué?

Emilia. No lo habias echado de ver? Ah! Enrique!... tu

despego y tu indiferencia me estan quitando la vida!— Ya no me amas! Paso los dias sola... Es verdad que me gusta la soledad... pero contigo!—Hago mal en quererte tanto... y peor en decírtelo... Pero qué remedio!... No me han criado como á las mugeres de Francia, enseñándolas á ocultar lo que sienten. Yo soy criolla, y tengo en el alma toda la franqueza y el fuego de mi pais natal.

Darville. Sí: eres... un angel!

Emilia. Qué trabajo te cuesta decirme una espresion cariñosa! En fin, ahora que me miras, ya conocerás que he llorado? A mi padre le he hecho creer que la causa era otra... le he dicho que soy feliz!... y no es cierto! Haz lo posible porque no descubra la verdad, Enrique! Procura ser, aunque no sea mas que por hoy, tan afable y cariñoso conmigo como eras en otro tiempo!

Darville. Sí, Emilia, sí! (*Levantándose.*) Y sabes qué es lo que tenia que decirme?

Emilia. No sé... De tí me estaba hablando.

Darville. Y qué te decia?

Emilia. Que debias haberte contentado con lo que poseias... que con menos ambicion, serias mas dichoso... que en tus negocios habia mil riesgos...

Darville. Mil riesgos, dijo?

Emilia. Y eso te inquieta?

Darville. No, no: no temas nada.

Emilia. Ah! si te sobreviniera alguna desgracia en tus intereses... si esperimentaras una quiebra... Dios haga que no!... Pero no te apure ese temor: mi padre tiene todavia bastante, para que con él viviéramos felices y olvidados... y mira si soy egoista!... momentos hay en en que casi lo deseo, porque asi me figuro que volveria á recobrar todo tu cariño.

Darville. No digas eso, Emilia! Tú no ves en mi ruina mas que la pérdida de mis bienes, y yo veo la pérdida de mi honor. Sabes tú lo que es una quiebra? sabes tú lo que es una sentencia del parlamento, que deshonraria nuestro nombre para siempre? Gracias al cielo, no estamos en ese caso... pero Emilia, no te ocurra formar semejante deseo!

ESCENA V.

DICHOS. PICARD.

Picard. Señor, la Gaceta de la corte y unas cartas.
Darville. Del Havre?
Picard. De Paris y del Havre. (*Se va.*)
Darville. Del Havre!... en la mano tengo mi suerte! Cormon queria engañarme, y... (*Abre una carta y lee.*) «El bergantin *Anfitrion*, mandado por el capitan *Lenoir*, ha naufragado á vista de la bahía...» Cielos! "todo el cargamento se ha perdido." Ah! y con el mi última esperanza!... El capitan Lenoir... no hay duda!... soy perdido! (*Se sienta.*)
Emilia. (*Acercándose.*) Enrique!
Darville. Qué quieres?
Emilia. Esa carta...
Darville. Me da una mala noticia... (*Abriendo otra.*) pero esta me da una buena. (*Emilia vuelve á sentarse retirada, y de cuando en cuando le mira con inquietud.*) Qué significa esto? (*Lee.*) «Segunda copla de la cancion nueva, titulada: Chismografia de la corte.

La desdeñosa Emilia
segun se dice,
desprecia las ofertas
del rey Luis XV.
El conde de Arcourt
esplicará el misterio
de tanta virtud.» —

Otra vez!... este segundo anónimo me hace conocer de dónde vino el primero. Cormon se ha propuesto probarme que debo desechar escrúpulos y consentir en el infame plan... Será verdad que Emilia me engaña?... Cuando acaba de espresarse en términos... Oh! es imposible!—El conde de Arcourt!... y ella manifiesta por ese joven un interés singular... ya lo he observado varias veces. Si estarán efectivamente en relaciones?... Oh! si fuera asi... entonces... qué sé yo! Miserable! estoy en medio de dos abismos!

Emilia. Enrique, disipa mi inquietud!... Qué te pasa?... Perdona que te distraiga... pero observo en ti...

Darville. Nada, Emilia... no tengo nada. Estas cartas... (*Quemándolas á la luz.*) mira... son indiferentes.— Adios: voy á dar las últimas disposiciones para el baile. Y temo que lo ocurrido anoche en Versalles disminuya la concurrencia. Ya sabrás de lo que hablo?

Emilia. No.

Darville. (*Llegándose á ella y observándola.*) Anoche, en la funcion de máscara de los jardines de Versalles, el baron de Persil fue asesinado de una puñalada, por un hombre que no se pudo descubrir. Por una casualidad rara, el baron acababa de ponerse un dominó absolutamente igual al que llevaba el conde de Arcourt...

Emilia. Gran Dios!

Darville. De modo que se cree que el asesino equivocó la víctima, y que el golpe iba dirigido al conde.

Emilia. Al conde!

Darville. (*Yéndose.*) Mucho interés te tomas por su suerte, Emilia! (*Vase.*)

ESCENA VI.

EMILIA.

Asesinarlo!... no puede ser... lo dice por asustarme... (*Toma la Gaceta.*) Ah! es verdad!... Este ha sido mi padre!... mi padre que quiere vengarse y poner á salvo mi reputacion. Lo matará, Dios mio!... y seré yo la causa! Y qué he de hacer para salvarlo? (*Saca del seno un medallon y lo besa.*) Imagen de mi madre, inspírame! El dia en que me descubriste todos los secretos de tu vida, me impusiste una obligacion sagrada, que debo cumplir. «No quiero, me dijiste, que mi desgraciado hijo sepa nunca el secreto de su nacimiento, porque sabria mi culpa. Tú, hija mia, no le mires como fruto de un crímen: ámale, porque es tu hermano, y sé el angel de su guarda en la tierra; que yo velaré por él desde el cielo!» Estas fueron sus palabras... y ya ha llegado el dia de ser útil á ese hermano que

me mandaste amar y que amo. Pero inspírame, madre mia! Estoy dispuesta á todo!... á cargar con la cólera de mi padre, con la venganza de mi esposo... si su salvacion lo exige. Pero qué debo hacer? Mil proyectos se cruzan, se confunden en mi imaginacion... Ah! tú me ayudarás, madre mia!... Yo no sé aun lo que debo hacer para salvarlo, pero te juro que lo salvaré! (*Abrese la puerta del foro: aparece el conde de Arcourt.*) Cielos! él es!

ESCENA VII.

EMILIA. EL CONDE.

Conde. Conozco, señora, que mi presencia os debe sorprender. Pero necesito hablaros: dignaos escucharme.

Emilia. Nada teneis que decirme que no pueda oirlo mi marido: permitid que le llame.

Conde. Qué estais diciendo! Quereis que vuestro esposo oiga lo que voy á deciros?.... Estais en vos, señora? Cuando debíais suplicarme de rodillas que bajase la voz, que os lo dijera al oido... Pues no sabeis que con una palabra puedo convertir á vuestro esposo en vuestro juez?

Emilia. Me quereis detener por fuerza? No sé con qué derecho...

Conde. Dejaos de escrúpulos, señora. Bien sientan por cierto á la que atenta á mi vida... á la que ha hecho asesinar á mi mejor amigo! Ya sabreis quién fue el que pereció, señora?... ya sabreis que vuestro agente se equivocó?... Sois diligente para defender vuestra reputacion. Porque la casualidad me hizo dueño de un secreto... que yo no pensaba descubrir, armais asesinos que me maten... Me siguen en un baile, alzan el puñal sobre uno que tuvieron por mí... y asesinan al baron de Persil... á un inocente!... Pero no importa: lo primero es que se salve vuestra fama y se oculten vuestras faltas. Habeis errado el golpe, señora, y habeis echado en vuestro nombre una mancha indeleble... una mancha de sangre!

Emilia. Estoy confusa y aterrada!... Cómo! me acusais á mí de atentado contra vuestra vida!... á mí, Dios mio!

Conde. Sí, á vos, á vos sola! Aun tratareis de justificaros?... vuestros agentes son mas francos, señora: hacen gala de obedecer vuestras órdenes! El hombre que vi con vos en la calle de Geoffroy, ya sabeis quién digo... me dijo en mi cara: «tú sabes el secreto de Emilia: yo haré que lo calles, asesinándote.» Y cumplió su encargo... solo que equivocó la víctima. Lo habeis oido? Ya veo que no tratais de justificaros, señora.

Emilia. Conde de Arcourt...

Conde. Basta: no quiero confundiros mas: sois muger!—Pero escuchad lo que vengo á deciros: yo no quiero morir todavia... no porque ame la vida; vos me la habeis hecho aborrecible! sino porque quiero vengar el asesinato de mi amigo. Perseguiré á su matador hasta en las entrañas de la tierra, y le entregaré á la justicia. Ya estoy en su persecucion, y no tardará en caer en nuestras manos. No aguardeis ese caso: el tormento hace hablar aun á los mas fieles, y por mucho que él lo sea, acabará por denunciaros. Yo no quiero ver en el cadalso á una muger que he amado como no ama nadie en el mundo. Huid!... Pretestad con vuestro esposo cualquier motivo; pero huid; y no trateis de avisar á vuestro cómplice... mirad que os perdeis! No me agradezcais esto: lo hago por mí, no por vos... y que la sombra de mi amigo me perdone si no le sacrifico mas que una víctima!

Emilia. Despues de los horrores que me habeis dicho, no deberia justificarme: os diré sin embargo dos palabras: yo no sé si el hombre de quien hablais ha sido efectivamente quien ha atentado á vuestra vida; pero os juro delante de Dios, que yo no he tenido parte en ello. Yo habia de salvar mi reputacion á costa de vuestra vida!... Ah! nunca llegareis á saber hasta qué punto es injusta esa sospecha!—Escuchad: entre ese hombre y yo hay un secreto de que depende su vida; pero secreto que no puede avergonzarme: no os puedo decir mas! Os doy gracias por el aviso que me traeis; pero si ese hombre se viera preso, no aguardaria yo á que le diesen tormento... iria á denunciarme como única autora del crímen, antes que él pronunciase una sola palabra. Y si era cierto que él lo habia cometido, reclamaria para mí sola la responsabilidad delante de los

jueces, con el mismo empeño que la rechazo delante de vos.

Conde. Y sin embargo, ese hombre no es ni vuestro hermano, ni vuestro pariente... vos no teneis familia... qué debo creer?... Ah! miserable de mí!... el dia en que yo me convenciera de vuestra inocencia... lo conozco!... seria el mas feliz de mi vida!—Ah! decidme, decidme ese secreto que os justifica!... decídmelo... aunque en cambio me mandeis renunciar á vengarme del asesino del baron...

ESCENA VIII.

DICHOS. ALBANO.

Albano. (*Apareciendo entre los dos.*) Aqui le tienes.

Emilia. Ah!

Albano. No hables del asesino de Persil! Si la sangre de ese desgraciado ha de caer sobre alguno, debe ser sobre tí!—Calumnias á una muger á la cual no te unen ningunos lazos, á una muger que no te ama, y que tú tampoco amas... y crees que no es ese un delito digno de muerte? Has hecho ludibrio de una cosa sagrada... eres calumniador y sacrílego!

Conde. Ya lo habeis oido, señora... nada me respondeis?... (*Despues de una pausa.*) Adios!

Emilia. (*Suplicante.*) Conde de Arcourt!...

Conde. No temais... (*Yéndose.*) Aguardaré otra ocasion... no quiero perderos... Pero salvaos, señora! (*Vase.—Emilia queda inmóvil. Un momento despues aparece Nataniel á la puerta: Albano le hace una seña, y el mulato desaparece.*)

ESCENA IX.

ALBANO. EMILIA.

Emilia. Dios mio! he de dár crédito á lo que oigo?.... Con que el conde dice la verdad, padre mio?... vos habeis atentado á su vida?

Albano. Sí.

Emilia. Dios eterno!... Pero qué ha hecho?

Albano. Y tú me lo preguntas?

Emilia. Cómo! es por mi? Ah! perdonadle, perdonadle!... no quiero que muera! Que importa que me juzgue culpada? Y qué ha de pensar?... razon tiene para ello. Me ha visto entrar en vuestra casa... sola... disfrazada... en secreto... Sabe él acaso que vos estais proscrito?... sabe que sois mi padre?... Ah! desistid de ese intento, padre mio! Si supiérais...

Albano. Lo he jurado, y morirá!—Aunque tuviera derecho de creerte culpada, le tenia para entregar tu fama y tu nombre á la risa y á la burla de sus amigos?... tu nombre!... el nombre de mi hija!—Y no creas que lo hago solamente por tu honor, por mi seguridad... lo hago principalmente movido de éste odio que profeso hace veinte años á su familia! No temas: tú no tienes parte en su muerte; pero morirá!

Emilia. Madre mia!... madre mia!

Albano. Invocas acaso ese nombre para inspirarme sentimientos de perdon? Ah!... lo que Arcourt ha hecho contigo, su padre lo hizo con tu madre! Oye, puesto que es forzoso justificarme: su padre fue un infame que se alabó de haberme deshonrado! Nos batimos, y tuve la desgracia de no herirlo mortalmente, y acarrearme la persecucion de una familia poderosa! Me vi obligado á espatriarme... y entonces me hice Corsario. Qué me respondes?... es justo mi odio al nombre de Arcourt? Yo creo, delante de Dios, que tu madre era inocente... y para amarte, necesito creerlo. Pero su reputacion quedó manchada, y la sospecha roedora se apoderó de mi corazon! Ah! infeliz del que quiere labrar á la hija una suerte igual á la de la madre! No tengo piedad para él! No hay piedad para el calumniador!

Emilia. Sí... teneis razon... decis bien... pero yo le perdono... y quiero que vos tambien le perdoneis! Padre mio!... en nombre del amor que me teneis!... en memoria de aquella compañera de vuestra vida que los dos lloramos haced que no tenga yo que echarme en cara la muerte de ese joven!... Os pido su vida... como os pediria la mia! (*Se echa á sus pies.*)

Albano. Cómo me pedirias la tuya!...

Emilia. Si!... si!...

Albano. Por qué?...

Emilia. Por qué?... Cielos!... porque... En fin, porque le amo!

Albano. Le amas?...

Emilia. Si!... me obligais á confesaros lo que no me atrevia á confesarme á mí misma! Castigadme!... maldecidme!... pero dejad que viva!... Ah!... si él muere... sea remordimiento, sea amor... yo le sigo á la tumba.

Albano. Le amas, infeliz!... le amas y quieres morir con él!...—Ah!... corramos á impedir... (*Tumulto dentro: voces en la calle.*)

Voces. (*Fuera.*) Le han muerto!... socorro!... luces!...

Albano. (*Deteniéndose.*) Eterno Dios!... ya es tarde!

Emilia. Cielos!... el conde de Arcourt!...

Albano. Máldíceme, hija mia!...

Emilia. Lo han muerto!... (*Cayendo de rodillas.*) Perdon, madre mia!... perdon!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Una sala en casa de Cormon.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ. ALBERTO.

José. Estais? No dejeis entrar á nadie, sin venir antes á decirme quien es.

Alberto. Bien está.

José. Y si traen alguna carta para el señor conde, dádmela á mí.

Alberto. Asi lo haré.

José. Idos á la antesala, y estad alerta. (*Vase Alberto.*) Toda precaucion es poca! —Señor! qué enemigo es este que persigue á mi amo con tanta tenacidad! Bien le dije ayer: no salgais, señor! acordaos del lance de Versalles!—Pero nada!... estos jóvenes!... Y hé aqui, que al subir al coche, dándole yo el brazo... recibe una puñalada!... Yo vi la accion... me arrojé sobre el asesino... y evité que la herida fuera mortal... Pero como habia de sujetarlo yo, pobre viejo!... se me escapó, y nadie pudo dar con él.—Y este señor Cormon, superintendente de la policia del reino... para qué sirve?... Nunca averigua nada!...—Aqui viene.—Pues yo le he de hablar gordo!...

ESCENA II.

CORMON. JOSÉ.

Cormon. Qué hay de nuevo?... Cómo sigue mi sobrino?
José. Y las pesquisas, señor?
Cormon. Pero sigue bien el conde?
José. Y el asesino, señor, está ya preso?
Cormon. La justicia va despacio... pero es segura.
José. Mi amo se ha salvado de esta; pero se salvará de las que vengan?
Cormon. Con que el médico dice que va bien?
José. Sí señor: ahora esta durmiendo; y el médico ha dicho que el delirio de anoche no le repetirá.
Cormon. Pues cuidarle bien: que no le falte nada en mi casa.
José. Estando yo á la mira...
Cormon. Si no vuelvo á verlo, discúlpame con él: estoy abrumado de negocios!
José. Para buscar al asesino, no es verdad?
Cormon. Tienes tú algun indicio?...
José. Qué se yo!... Mi amo con sus amores...
Cormon. Calla, calla!... vete á cuidarle.
José. (*Aparte yéndose.*) Que calle!... buen modo de... (*Vase.*)

ESCENA III.

CORMON. — *Luego* DUVAL.

Cormon. Ya empiezan las sospechas y las hablillas!... Yo no puedo atribuirlo á venganza de Emilia Darville!... De donde habia ella de tener agentes tan resueltos?... Y en fin, hablemos claros, aunque sea ella... yo no puedo hacer que aparezca culpada. He visto al rey esta mañana, y está mas enamorado que nunca. Yo me he guardado bien de decirle la respuesta del marido... Tonto!... Que hará dimision y se marchará con su muger. Si yo pudiese adquirir pruebas de las relaciones de mi sobrino con su muger... puede que el despecho y la vengan-

za le cegasen, y en un momento de arrebato le hiciera caer...—Sois vós, señor Duval?

Duval. (*Saliendo.*) Traigo una importante noticia.

Cormon. Vais á hablarme del lance de anoche... ya estoy harto de oir... Se tomarán medidas.

Duval. Es cosa mas importante!

Cormon. Sobre el Corsario, Jorge Mombel?

Duval. No señor: de ese no hemos averiguado nada: es...

Cormon. Pues hombre, qué es?

Duval. Que desde la ventana del despacho he visto entrar en el patio una muger, cubierta con un velo, y en su aire creo haber reconocido... (*Le habla al oido.*)

Cormon. Es posible!

Duval. No sé á qué vendrá.

Cormon. Oh! destino!... yo te doy gracias! (*Aparte.*) Viene á ver al conde, sin duda!... y esta es la ocasion de hacerle ver al otro... Oh! Darville!... ya eres mio!—Id á ver si en efecto es ella, y venid á mi despacho, á tomar mis órdenes, que ejecutareis inmediatamente. (*Vase por un lado.—Duval por el foro.*)

ESCENA IV.

JOSÉ. EL CONDE.

(*Salen por otro lado.*)

José. (*Aparte.*) Ya se ha marchado: mejor!—Apoyaos en mí, señor.

Conde. No lo necesito: gracias, José. Estoy fuerte, ya lo ves.

José. Aun estais debil, señor: sentaos.

Conde. (*Sentándose.*) No ha sido nada.

José. Cómo nada!... Gracias á mí, que paré el golpe! Vos os quedásteis sin sentido, y yo dispuse que os trageran aqui á casa de vuestro tio, el superintendente de la policia del reino, por poneros á cubierto de otra tentativa.

Conde. Hiciste mal. Estoy ya cansado de disputarles esta miserable vida, que ellos tienen tanto interés en quitarme, y yo tan poco en conservar.

José. Qué decis?

Conde. Tú no te habrás apartado de mi cabecera: qué he dicho durante el delirio?

José. Os oia con mucha atencion; pero no habeis pronunciado una palabra que acuse á nadie. No haciais mas que quejaros.

Conde. Dios me manda callar! Yo soy el culpado: esta lucha la he provocado yo. Con qué derecho he perseguido á esa muger? No, no, callaré!

José. Cómo! conoceis á los asesinos, y no los denunciais á la justicia?

Conde. No, José: yo no denuncio á nadie.

José. Pero en este caso, no hariais mas que usar de la natural defensa. Señor conde, en nombre de vuestro padre!...

Conde. Ya hace tres años que hemos cerrado su sepulcro!

José. Por vuestra madre!...

Conde. Mi madre!... ni aun sé donde está el suyo!

José. Por vuestro amigo!...

Conde. Persil!... ah! tienes razon: tú me vuelves á la senda de mis deberes: callaria si no hubiesen atentado mas que á mi vida; pero mi amigo... sí, juré vengarlo!— Llévame... llévame al despacho del superintendente...

ESCENA V.

DICHOS. ALBERTO.

Alberto. Una dama tapada, y que no quiere descubrirse está ahí dentro, empeñada en ver al señor conde.

José. Una dama... y que no quiere descubrirse? Habeis olvidado ya lo que encargué?

Alberto. No señor, y asi se lo dije; pero...

José. No puede entrar: decídselo: que se vaya.

Conde. Por qué no dejas entrar?...

José. Dejadme á mí. (*A Alberto que se va.*) Andad.— Por qué no dejo? Por qué vuestro padre os recomendó á mí, y si vos no quereis defender vuestra vida, yo la defenderé. No habeis de recibir visita, sin que yo esté presente... y muy cerquita; ni habeis de probar plato que yo no pruebe antes: asi si os envenenan, reventaremos los dos.

Alberto. (*Volviendo á salir.*) La dama no quiere dejarse

ver, ni decir su nombre; pero insiste en que ha de entrar, y me ha dicho que le enseñe este retrato al señor conde.

Conde. (*Mirando el medallon.*) Qué veo! estas facciones!... Es el mio, que lo habré perdido?... (*Registrándose y sacando otro igual.*) No, aqui está. (*A José.*) Ves este medallon?

José. Si señor, el que recibísteis hace un año con una carta anónima en que os decian que ese era el retrato de vuestra madre.

Conde. (*Enseñándole los dos.*) Pues compara.

José. Son iguales!

Conde. (*A Alberto.*) Que entre. (*Vase Alberto.*)

José. Ya estais otra vez trémulo... vais á recaer... Qué falta nos hacia la visita!...

Conde. José!... no digas eso!—Me va á hablar de mi madre!... Mi padre nunca me dijo mas si no que habia sido muy ingrato con ella... Ah!... esta visita me va á volver la vida! (*Aparece la dama tapada.*)

Conde. Gran Dios!... ella es!

José. La conoceis?

Emilia. (*Aparte al conde.*) A vos solo!

Conde. (*A José.*) Vete.

José. Pero, señor...

Conde. Vete, digo!

José. (*Yéndose.*) Al menor ruido... (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. EMILIA.

(*Emilia se alza el velo, y cae á los pies del conde.*)

Conde. Qué haceis?

Emilia. Este es mi puesto, señor conde!... Despues de lo que ha pasado... harto haceis en dejarme arrastrar á vuestros pies!

Conde. Levantad, señora.

Emilia. No me atrevo á miraros!... El atentado de anoche, aunque por milagro de Dios no se consumó, debe haberos dejado huellas terribles... (*Mirándole.*) No, no!... Dios mio, te doy gracias!... se salvó enteramente!

Conde. Cómo se concilia ese deseo de mi muerte con el interés que al parecer me manifestais?

Emilia. Yo no he deseado nunca vuestra muerte!

Conde. Pues aquel hombre no obraba de acuerdo con vos?

Emilia. No!—Lo juro otra vez delante de Dios!

Conde. Quién es pues?

Emilia. A decíroslo vengo!

Conde. Aguardad! Antes que mi venganza y que mi vida hay una cosa que no debo olvidar. Este retrato... es el de mi madre?

Emilia. Sí.

Conde. Con que le habeis conocido?

Emilia. Sí la he conocido!

Conde. Y sois vos tal vez quien me envió este...

Emilia. Cumpliendo su última voluntad.

Conde. A vos dejó encargada su última voluntad? Ah! ya os creo inocente! Sea cual fuere el secreto de vuestra conducta conmigo, calladlo, calladlo... y habladme solamente de mi madre! Qué me importa ese hombre que desea mi muerte? Oh! habladme... habladme de mi madre!

Emilia. (*Sentándose.*) Asi temblaba cuando me sorprendísteis en aquella casa de la calle de Geoffroy, donde fui á cumplir un deber tan sagrado como el que hoy me trae aqui... Y quizá este paso llegue á ser tan mal interpretado como aquel!

Conde. Qué relacion tiene?

Emilia. Señor conde, vuestra madre nació en Bretaña, de una familia noble, pero pobre. Siendo todavia muy joven, un hombre la inspiró una de aquellas pasiones que echan raices en el corazon! Niña... sin mundo... qué diré para disculparla?... Su amante la juró ser su esposo, y la infeliz dió á luz un hijo! Pero aquel hombre era el ilustre heredero de la casa de los condes de Arcourt... y su familia... qué sé yo... fue debil y faltó á su palabra, dejando á la infeliz entregada á sus remordimientos.

Conde. Madre mia!

Emilia. Pasaron algunos años, y un oficial de marina, noble y pobre como ella, la pidió á su familia en casamiento. La desgraciada resistió cuanto pudo; pero su padre en el lecho de la muerte, sobresaltado con la

idea de dejarla sola en el mundo, la pidió con lágrimas que cediese á su última voluntad. Qué camino la quedaba? Cómo revelar una culpa que la deshonraba, y quizá la hubiera atraido la maldicion de su padre moribundo! Cedió, pues, y entregó su mano, con el desconsuelo de no volver á ver al hijo de su amor!—Dios quiso que el conde de Arcourt os cobrase cariño y os llevase consigo. A poco tiempo de casada, empezaron á suscitarse hablillas acerca de sus antiguos amores, suponiendo que continuaban todavia. Su esposo llegó á entenderlo y provocó á vuestro padre, hiriéndole de peligro en un duelo, y trayendo sobre sí la venganza de vuestra familia. Tuvo que renunciar á su carrera.... que expatriarse... La injusticia de los hombres le hizo duro y cruel; pero noble de alma y fiel á sus sentimientos generosos, ejerció su venganza contra los enemigos de su patria. Su esposa le habia seguido en su destierro, y allí fue madre segunda vez.— Ah! quince años arrastró su dolorosa existencia!... y su muerte hubiera sido horrible, si hubiese sabido que á corta distancia estaba su hijo empeñado en un combate á muerte con su esposo!—No, no ha sido en la calle de Geoffroy donde le habeis visto por primera vez, sino en los mares de América, bajo un cielo de fuego, entre nubes de humo y torrentes de sangre. El mandaba el bergantin corsario, llamado el *Vengador*, y vos servíais en la fragata *Belona*...

Conde. No acabeis! ya comprendo!... Ese hombre, cuyas facciones queria yo reconocer, es Jorge Mombel... Mombel, el valiente marino, el noble proscrito... un camarada mio!—Y su esposa decís que tuvo otro hijo...

Emilia. La que cae á vuestros pies y os pide el perdon de su padre!

Conde. Ah! yo soy quien debe caer á los vuestros, y pediros perdon de todo lo que he hecho!

Emilia. Mi padre defendia contra vós mi honor, que aprecia tanto como el suyo! No tiene mas que á mí en este mundo! Hasta ayer en vuestra presencia no supe que habia jurado vuestra muerte... y llegué tarde para impedir el último atentado en que estuvisteis á pique de sucumbir. Pero será el último, yo os lo juro!... y á pesar del odio que Jorge Mombel profesa á

vuestra familia, á pesar de su dureza, de sus juramentos, está ahora dispuesto á hacer por salvaros, cuanto hasta aqui ha hecho por perderos. De qué modo haya logrado este cambio, es inútil que os lo diga.... Pero me creeis, no es cierto? Mi padre no es ya vuestro enemigo: y vos... lo sereis todavia suyo?

Conde. Yo su enemigo?... los hechos responderán por mi. Ah! quizá lograré reparar mis yerros con él!... pero cómo podré repararlos con vos? con vos... á quien he ultrajado tan vilmente!... Ah! cuántos remordimientos me hubieras evitado, hermana mia, descubriéndome antes...

Emilia. No podia hacerlo; mi madre me lo prohibia. Esa carta que escribió la víspera de su muerte, te dirá por qué lo hago ahora.

Conde. (*Lee.*) «A Emilia encargo que entregue este retrato á mi hijo; pero la prohibo que le revele mi culpa; no quiero que el nombre de madre pierda á sus ojos la aureola de pureza que debe tener. Solo la permito descubrir á Carlos el secreto, en el caso de que para salvar su vida, la de ella ó la de mi esposo se vea obligada á decirle: yo soy tu hermana. Pero aun en ese caso, que muera el secreto entre los dos. En ello la va el cariño de su padre, y á mí la paz en el sepulcro.»—Madre mia!... (*Despues de una pausa.*) Sí: callaré!

Emilia. Adios!—Temo que me echen menos... Adios, hermano mio! Sé feliz! (*Se abrazan.*)

Conde. Adios!... —Dime: con qué nombre vive en París tu padre? No me ocultes nada, por su propio interés.

Emilia. Su nombre es Albano, agregado á la embajada de Nápoles. El gobierno napolitano le protege, porque en cierta ocasion salvó un buque de aquella nacion, atacado por una fragata inglesa.

Conde. Pues bien: ahora...

Marques. (*Dentro.*) Quita, vejete! Ya no me conoces?... Soy el marques de Menard.

José. (*Dentro.*) Mi amo no está visible.

Marques. (*Dentro.*) Eso no se entiende conmigo...

Emilia. Viene gente! Cielos! donde me escondo...

Conde. (*Mirando.*) El marques y el vizconde! entra en mi

cuarto... Pero no! Mejor es que salga yo y los detenga... Vuelvo. (*Vase.*)

Emilia. (*Sola.*) Ah! se me ha helado la sangre!—Infeliz! y si mi marido sabe que he venido, cómo me justificaré? (*Abrese la puerta del cuarto de Cormon, y aparece Darville.*)

ESCENA VII.

EMILIA. DARVILLE.

Darville. Eso vengo á preguntaros, señora!

Emilia. Darville! es esto un sueño.

Darville. Sí, un sueño!—Vos en casa de Arcourt! Aun creeria que erais inocente; si no viese vuestro rostro pálido de terror... si vuestra mano no temblase al tocar la mia...

Emilia. Soy perdida!

Darville. Y si esa palabra no se hubiera escapado de vuestra boca!—La que no se ha criado como las mugeres de Francia!... la criolla, del corazon franco y sin doblez!—Por vida mia, que os habeis amoldado pronto á los nuevos usos!—Levantad, señora, esa cabeza: miradme á la cara con serenidad... Vamos, haced mejor el papel de la muger que engaña con destreza á su marido!

Emilia. Enrique! Enrique! qué horribles palabras!

Darville. No tan horribles como tu perfidia! Del sol hubiera yo sospechado antes que de tí! Pero ya no creo en nada... ni en la virtud, ni en el amor... en nada de este mundo! (*Con desesperacion reconcentrada.*) Escuchad... y no tembleis asi!—Voy á hablaros con calma... y como hombre desencantado que conoce el mundo y no quiere ser víctima de escrúpulos... ni de amores engañosos.—Hablad. Teneis que decirme algo que os justifique? Hablad pronto... y pensad que de lo que vais á decirme pende mi destino y el vuestro!

Emilia. Ah! mátame! y no me hables asi! Al oir ese tono, no parece sino que te alegras de creerme culpada!

Darville. Eso no es mas que ganar tiempo para inventar...

Emilia. Con una sola palabra me justifico.

Darville. Dila!

Emilia. He venido aquí, por salvar á mi padre.

Darville. De qué peligro?

Emilia. (*Aparte.*) Ah! no puedo decirlo sin acusarle de un asesinato!

Darville. No me respondeis, eh?

Emilia. No puedo responderos.

Darville. Hablad, señora, hablad! justificaos! — Y si no lo haceis, caigan sobre vos sola las consecuencias de vuestra culpa!

Emilia. Ah! que solo cometiendo un crimen puedo justificarme de esta aparente infidelidad!... dame tiempo para esplicarte...

Darville. No! ni un instante.

Emilia. Para consultar con mi padre...

Darville. Tu padre! Ah! no me hables de tu padre! Siempre espiando mis pasos... escudriñando hasta mis pensamientos. Le aborrezco, porque se ha arrogado una tiranía que me sofoca!... y el dia en que pueda decírselo cara á cara, será el dia mas feliz de mi vida!... lo entendeis!

Emilia. Calla! hombre desagradecido!

Darville. En fin: no me dices nada?

Emilia. Si supieras qué horror es suponer que ese joven es mi amante! Tú mismo te estremecieras... (*Oyense dentro voces de disputa.*)

Darville. (*Escuchando á la puerta.*) No es tu amante!... oye... oye... sus amigos pronuncian tu nombre con risa de burla!... Oh, rabia! Y él se enfurece... los desafia! Va á batirse por ti! — Con qué título toma asi vuestra defensa, señora!

Emilia. (*Cayendo en un sillon.*) Va á batirse! Ah, Cárlos, Cárlos!...

Darville. (*Con sonrisa infernal.*) Carlos, eh? Adios! Basta de escrúpulos! Yo te maldigo y te desprecio! (*Vase por donde salió. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

En casa de Darville: la sala del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

PICARD. NATANIEL.

Nataniel. (*Saliendo.*) No ha venido?

Picard. Todavia no.

Nataniel. Le esperaré.

Picard. Le traeis alguna noticia?

Nataniel. Sobre qué?

Picard. Sobre la ocurrencia de anoche. — Podeis hablar conmigo francamente, señor Nataniel: yo lo sé todo. Es el lance mas incomprensible!... La señora que se recogió anoche tan tranquila... no estaba esta mañana en su cuarto. Y como ella es la misma virtud!... no es cosa de sospechar que se haya escapado. Ha sido pues un rapto! pero quién la ha robado? cómo? por dónde? No hay puerta con fractura...

Nataniel. Los raptores estaban de inteligencia con alguno de la casa.

Picard. Eso digo yo! Y el amo ya hubiera hecho pesquisas, si no fuese por el temor de que llegara á traslucirse la ocurrencia.

Nataniel. Con que aqui se ignora?

Picard. Nadie lo sospecha. El amo me mandó decir á los criados que la señora habia marchado á Orleans á ver á una tia suya, que está gravemente enferma.

Nataniel. Ya!

Picard. Aqui viene el amo.

Nataniel. Y qué pálido y qué azorado está!

ESCENA II.

DICHOS. DARVILLE.

(*Darville sale pálido y caviloso. Ve á Nataniel, y se sorprende.*)

Darville. (*Aparte.*) El mulato aqui! (*Yendo hácia él.*) Vienes de parte de Albano?

Nataniel. Sí.

Darville. (*A Picard.*) Déjanos. (*Picard se retira al foro.*) Qué me quiere?

Nataniel. Lo sabe todo.

Darville. (*Asustado.*) Todo!

Nataniel. Está dando pasos para libertarla. Dice que vos no deis ninguno, porque serian inútiles: los raptores son gente poderosa. Que oculteis á todos el suceso y le dejeis obrar á él.

Darville. Los raptores son poderosos? Los conoceis?

Nataniel. Puede!

Darville. Y cómo es que Albano ha sabido la ocurrencia desgraciada? Yo trataba de ocultarla con la esperanza de que mis pasos...

Nataniel. Para el señor Albano no hay misterios. Tiene gente fiel que se lo averigua todo. Uno de los nuestros rondaba anoche esta casa y vió el suceso. Si él hubiera sabido que la que se llevaban era la hija de su capitan!...

Darville. Y qué vió?

Nataniel. Un hombre embozado y enmascarado, que abrió á los raptores la puerta del jardin. En esta casa hay un traidor; pero le descubriremos, voto al infierno!

Darville. (*Turbado.*) Sí, sí... yo os ayudaré.

Nataniel. El capitan ha tomado una resolucion... yo no sé cual... pero siendo suya, será buena. Esperad. (*Se va.*)

ESCENA III.

DARVILLE. PICARD.

Darville. (*Paseándose agitado.*) Picard?
Picard. Señor.
Darville. Con que ha estado aqui Albano?
Picard. Sí señor; esta mañana.
Darville. Y no me lo has dicho?
Picard. Señor, no he tenido ocasion.
Darville. Y qué hizo?... qué dijo?... Habla... cuéntamelo todo.
Picard. Asi que lo ví, conocí que lo sabia todo. Aqui entró pálido y azorado, y me dijo: «llévame al cuarto de la señora.» Yo, cumpliendo con vuestra orden, le dije: ha salido. "Ha salido!" esclamó: "en vano me lo ocultas: ya sé que la han robado esta noche; pero aun no acababa de creerlo!" Entonces entró en el cuarto de la señora, lo miró todo.... y luego se sentó en una silla sin hablar palabra, y ví que se le caian las lágrimas.
Darville. Pero no preguntó por mí?
Picard. Iba á hablarme, cuando llegó el mulato y le dijo: «Señor, no cabe duda: el robo ha sido dirigido por el hombre que sospechábais.»
Darville. Por el hombre que sospechábais!...
Picard. El señor Albano alzó las manos al cielo... hizo un gesto terrible, y los dos se marcharon.
Darville. (*Aparte.*) Ese hombre está en todo!... todo lo averigua!... todo lo sabe! No habia yo contado con ese riesgo.
Picard. Si vuelve, qué le digo?
Darville. (*Distraido.*) Si vuelve quién?
Picard. El señor Albano.
Darville. (*Con ira.*) No quiero verle!... ni á él, ni al mulato!... á nadie; estás?... á nadie!—Anda: si viene, dile que he salido á... que no volveré en todo el dia...—Cielos! aqui está! (*A Picard.*) Déjanos. (*Picard se va.*)

ESCENA IV.

JORGE MOMBEL. DARVILLE.

Jorge. (*Saliendo.*) He cumplido mi deber! (*Acercándose.*) Qué pálido estais!... qué turbado! No lo estraño. Desde la fatal desgracia... no os he visto.

Darville. (*Aparte.*) Nada sabe!—A la primera noticia... salí... sin saber á dónde... como un loco...

Jorge. Me alegro de no haberos encontrado! Nuestra comun desesperacion solo hubiera servido para quitarnos á entrambos el valor; y lo que la salvacion de mi hija reclamaba no eran lágrimas... ni tampoco sangre; sino una firme resolucion. Ya la he tomado, y mi hija está en salvo. Pero la venganza, Dios mio!... la venganza!... esa os toca á vos!

Darville. Cómo?

Jorge. Sí: mi hija no tiene en el mundo mas que su padre y su esposo: quizá está á pique de perder el uno; conservadle vos el otro.

Darville. Qué decís?

Jorge. Emilia estará aqui dentro de un instante... pero su riesgo no queda del todo disipado. Es necesario que al momento os marcheis con ella á Italia.

Darville. Estará aquí?... dentro de un instante?

Jorge. Y una hora despues, partireis con ella.

Darville. Pero cómo es que va á volver?... qué habeis hecho?... cómo habeis podido?...

Jorge. Algun dia lo sabreis.

Darville. Y por qué quereis que partamos?

Jorge. Qué puede guiarme en ello, sino vuestra felicidad? Esta partida es necesaria.

Darville. Pero haceos cargo...

Jorge. Que vuestro interés os detiene en Paris?... Pero vuestro honor os manda marchar!... Partid, creedme! Encargad á cualquier amigo que presente vuestras cuentas, que haga dimision de vuestro empleo. Lo que mas amais en este mundo, es acaso vuestro puesto?... vuestras riquezas?... no. Supongo que será mi hija?

Darville. Ah! sin duda.

Jorge. Pues bien: ya que es forzoso que os lo diga; sa-

bed que el rey ama á vuestra esposa... ese rey poderoso y libertino, para el cual, dos cosas tan sagradas como el honor y la libertad de sus vasallos, son objetos de diversion y pasatiempo! A su palacio iban á llevarla; y quien ha dirigido el robo ha sido Cormon, el gefe de la policía. Ya veis que no hay mas medio de librarla que llevándola á tierra estrangera. Salvadla, pues, salvadla! Yo me hago cargo de que esa irresolucion que mostrais, es porque antes quisiérais vengaros á toda costa... Tambien yo lo quisiera!... pero cómo?... cómo?... Salvemos primero la vida y el honor de Emilia, y Dios hará lo demas!

Darville. Partiré, señor, partiré... Pero vos?...

Jorge. Yo!... Despues... mas tarde... iré á reunirme con vosotros. Decídselo asi á mi hija... ya sabeis cuánto me quiere! Viéndose lejos de mí, no podrá sosegar... consoladla vos!... procurad que sea dichosa!—Si alguna vez la sorprendeis triste y llorosa, no la pregunteis el motivo de sus melancolías... Llorará por mí... por mí solo... entendeis?—No me arrepiento de haberos entregado su mano, Darville; pero ese inestimable regalo, tenedlo presente, lo debeis, ante todas cosas, á la amistad que me unia á vuestro padre: no olvideis esto nunca!... Andad á disponer la marcha.

Darville. (*Aparte.*) Qué habrá pasado!... yo tiemblo! Ya sabe parte del secreto... y no tardará en saber lo demas!... Sí, sí, debo marchar. (*Vase.*)

ESCENA V.

JORGE. NATANIEL.

(*Jorge se sienta.*)

Nataniel. Qué hay señor? El paso ha surtido efecto? La señora...

Jorge. Me la van á devolver.

Nataniel. Y cómo ha sido esa dicha?

Jorge. Te lo esplicaré.—Pero antes tengo que exigirte...

Nataniel. El qué?

Jorge. Un juramento.—Jura que harás lo que voy á mandarte... ni mas ni menos!

Nataniel. Y á qué jurar, mi capitan? No hago siempre, ciegamente y sin replicar, todo lo que me mandais?

Jorge. No importa.

Nataniel. Pues bien: juro lo que quereis.

Jorge. Por la memoria de tu padre!

Nataniel. (*Despues de una pausa.*) Sí.

Jorge. Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

Nataniel. Cosa de diez años.

Jorge. Has tenido en ese tiempo alguna queja de mí?

Nataniel. Hablais con formalidad? Acordaos de tantos viages y tantos combates, en que no me he separado de vuestro lado.

Jorge. Con que eres todo mio?

Nataniel. Quereis mas pruebas?

Jorge. Si yo cayera en manos de los que me persiguen... como puede suceder... tratarias de libertarme?

Nataniel. Y me ayudarian á ello los valientes camaradas que teneis aqui á vuestras órdenes... pegaríamos fuego á Paris!

Jorge. No quiero que tantos valientes se espongan por salvar una vida... que ya es inútil. Si me prenden, quiero que me dejeis prender: si me condenan á muerte... que me dejeis morir.

Nataniel. Qué decís, mi capitan?

Jorge. Que lo has jurado por la memoria de tu padre, y que reclamo tu juramento!

Nataniel. No, señor... esto ha sido un lazo!—Pero qué! vos tratais de burlaros!... quién ha de prender á Jorge Mombel?

Jorge. Hay un hombre que ha ofrecido entregarlo hoy á las doce, en poder de Cormon.

Nataniel. Dónde?

Jorge. Aquí.

Nataniel. Voto al infierno!... y quién es ese hombre?

Jorge. Yo. (*Levantándose.*)

Nataniel. Vos!

Jorge. Mi hija habia sido robada de orden del rey. Podian mis fieles amigos arrancar su presa á todo un rey de Francia?... Dios me indicó el único camino que se presentaba. Cormon habia dirigido el rapto: yo me presenté en su casa, siempre bajo el nombre de Albano, y le dije: «Habeis puesto á precio la cabeza de un

corsario llamado Jorge Mombel: yo sé dónde está, y lo entregaré con la sola condicion de que Emilia Darville sea restituida á su casa hoy á las doce: á las doce os entrego á Mombel.»

Nataniel. Y él...

Jorge. Cómo no habia de aceptar el partido? Sea cual fuere el precio que debiese recibir por la deshonra de mi hija, mayor será el que le dé la Inglaterra por mi cabeza.

Nataniel. Qué habeis hecho?... Os habeis perdido!

Jorge. Pero he salvado á mi hija!... no he pensado en lo demas.

Nataniel. Ah! señor, deshaced ese trato!... que á vuestra hija yo la salvaré... No sé cómo... pero juro que la salvaré!

Jorge. Ya no es posible. Esta casa está cercada por los agentes de la policía; he dado en rehenes mi persona, hasta cumplir la promesa. Hay orden de dejar entrar; pero salir, á nadie. Mira.

Nataniel. (*A la ventana.*) Es verdad!... allí hay una compañía de guardias... aquí está Duval con sus agentes... Y qué hacemos?... qué hacemos?

Jorge. Calla!... ha parado un coche!

Nataniel. Sí!... quién será?... Oigo pasos!

Emilia. (*Dentro.*) Padre mio!

Jorge. Ella es!... Déjanos, Nataniel... y suceda lo que quiera, no te espongas inútilmente.—Vete... y no vuelvas. (*Vase Nataniel.*)

ESCENA VI.

JORGE MOMBEL. EMILIA. *Luego* PICARD.

Emilia. (*Apresurada.*) Dónde está?... dónde está?... Ah! padre mio! (*Echase en sus brazos.*)

Jorge. Emilia!

Emilia. Es cierto que sois vos!... es cierto que me veo aquí!... Ah! si es esto sueño, haz que no dispierte, Dios mio!

Jorge. Hija!... (*Limpiándose las lágrimas.*) Creí que tenia mas valor!—Habla... habla!... tengo ansia de verte,

de oirte!... Se me figura que hemos estado un siglo separados!

Emilia. Es que un minuto solo de los que hemos pasado, dura mas que un año de alegria!—Ah! ya no os separareis de mí, no es cierto?

Jorge. No temas.

Emilia. Dónde está Darville?

Jorge. Ahora le verás.

Emilia. Cuánto habrá padecido!

Jorge. No mas que yo!

Emilia. Pero esplicadme qué es esto? Cómo me han llevado de aquí?... cómo me han vuelto?

Jorge. Despues... despues!... Hablemos de tí, de tí sola!—Emilia! Emilia!... mírame!... (*Fijando en ella los ojos.*) Ah! esa mirada es pura... ven á mis brazos, angel del cielo!... la memoria de este dia puede borrarse, como la huella de tus lágrimas!

Emilia. Me acometió anoche de repente un sueño tan pesado, tan profundo... casi como un desmayo!...—Cuando disperté... todo lo que me rodeaba era estraño para mí: la habitacion... los criados... todo! Pregunté asustada á uno de ellos... y no sabia responderme. Por fin, llegué á conocer toda la estension de mi desgracia!... hice que me dejasen sola, y me puse á pedir á Dios...

Jorge. Por tí?

Emilia. Por vos! La oracion y la soledad me dieron fuerzas. A poco se presenta un hombre... no quiero deciros quién!

Jorge. Ya lo sé.

Emilia. Sabreis tambien lo que me dijo? sabreis el horrible honor á que me destinaba?... Yo pregunté por qué delito se me privaba de la libertad: pedí que me volviesen á poder de Darville... Al pronunciar ese nombre, la persona que me hablaba se sonrió, y me dijo... yo no sé lo que me dijo! solo sé que me levanté y le llamé villano!—Marchose de allí... y á poco noté que, por acaso ó de intento, habia dejado caer un papel á mis pies. Lo recogí... pero volvieron los criados, y con el aturdimiento no me acordé de leerlo...

Jorge. Dámelo!

Emilia. Vais á leerlo?

Jorge. Qué será esto? (*Lo lee para sí.*)

Emilia. Cuánto he padecido!... cuántos proyectos desesperados se cruzaban en mi cabeza! Al fin, entraron á decirme que estaba libre: salí de allí, y...—Padre mio! qué teneis?... vuestros ojos despiden fuego!

Jorge. Darville!... es esto un sueño?... No, no lo es!

Emilia. Esa carta?...

Jorge. Suya!... suya es esta carta!

Emilia. Y qué contiene?

Jorge. El nombre del mas vil de tus raptores!

Emilia. Quién es?

Jorge. No lo sabrás.

Emilia. Ah! basta de venganzas, señor!... La traicion ha quedado burlada: qué importa lo demas?

Jorge. Qué importa lo demas! (*Aparte.*) Y para entregar mi hija á semejante hombre, he sacrificado mi vida! Por eso han aceptado al momento mi oferta: volverán á llevársela... la tienen comprada! (*Corre á la mesa y toca con violencia una campanilla.—Sale Picard.*) El señor Darville!

Picard. Ha salido.

Jorge. Ha salido?

Picard. En este momento.

Jorge. No importa! Aunque falte á mi palabra!... voy en su busca... no se me escapará!

Emilia. No se os escapará?... quién? (*Abrese la puerta del foro, y aparece Cormon con guardias y agentes.*)

Jorge. Dios de los cielos! qué te he hecho yo?

ESCENA VII.

EMILIA. JORGE MOMBEL. CORMON. PICARD. *Acompañamiento de arqueros y agentes de policía.*

Cormon. Son las doce, y vengo á reclamar el cumplimiento de vuestra promesa.

Emilia. Qué ha prometido?

Jorge. Alejaos, señora.

Emilia. Yo no me alejo de vos!

Cormon. Dónde está Jorge Mombel?

Jorge. Aléjate, hija mia!

Emilia. Padre mio!

Jorge. Ya me conoceis.—Solo la sangre del padre podia

rescatar el honor de la hija; y solo Mombel podia entregar á Mombel! Hermoso dia es este para la Inglaterra!—Alzad los ojos, y miradme, Cormon!... el triunfo os ha puesto pálido!

Cormon. Vamos.

Emilia. No, no!... Si vos aceptais tan horrible sacrificio, yo no puedo aceptarlo.

Cormon. Despedíos de él, señora.

Emilia. Despedirme de él!... qué dice ese hombre? Vos llevaros á mi padre?... veremos si le arrancais de mis brazos!... Arrastrando le seguiré á la prision... le seguiré al cadalso...—Ay! yo me muero!

Jorge. Emilia... Emilia!... esta separacion no es eterna! Hay un Dios para las hijas que aman, como tú, á su padre!—Llevadme, llevadme pronto de aquí!

ESCENA VIII.

DICHOS. EL CONDE.

Conde. Aguardad!

Jorge. Arcourt!

Conde. El perdon, el perdon!

Todos. El perdon!

Conde. Vengo de Versalles... he pedido vuestro perdon al rey, recordándole, por primera vez, el dia en que lo salvé del asesino.—«Os debo la vida, me ha dicho, y no puedo negaros esta gracia; pero pongo una condicion que exije la justicia.» Diciendo esto escribió unos renglones, y selló este pliego. A vos os toca abrirlo. Leed.

Emilia. Y qué condicion le impone? quizá el destierro!... qué importa!

Jorge. (*Lee.*) «Hacemos gracia de la vida al corsario Jorge Mombel, con la condicion de que declare, bajo palabra de honor, que está inocente de la muerte del baron de Persil, ó que entregue á la justicia su asesino.» (*Silencio general.—Jorge echa una mirada á Emilia, que le implora con el ademan, y otra al conde, que le mira con ansiedad.*) Ni una traicion... ni una mentira!—Vamos.

Emilia. (*Dando un grito y cayendo.*) Ah!

Jorge. Dios mio, la pongo bajo tu amparo! (*Vase con Cormon y los guardias.*)

ESCENA IX.

EL CONDE. EMILIA, *desmayada.* NATANIEL, *saliendo por un lado.*

Nataniel. Una palabra!
Conde. Qué me quieres?
Nataniel. Vos habeis traido el perdon de Jorge Mombel?
Conde. Sí; pero lo ha rehusado: no ha querido descubrir al asesino del baron de Persil.
Nataniel. Y si se descubriera al asesino, Mombel tendria el perdon?
Conde. Yo respondo de ello.
Nataniel. Sí?—Pues llevadme á casa de Cormon.

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

En casa de Darville. La misma sala del acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA. EL CONDE.

Emilia. Dices que está libre? Repítelo... repítelo! Son tantas las desgracias que han caido sobre mí, que me cuesta trabajo creer en una dicha.

Conde. El rey se inclinaba á indultarlo; pero el embajador inglés se oponia con todas sus fuerzas, y ya que no pudo evitarlo, consiguió, á lo menos, que la gracia fuese con condicion de que habia de entregar al asesino de Persil: el embajador conoce la nobleza de vuestro padre, y sabia que de este modo quedaba nulo el indulto. Asi fue: Jorge Mombel no consintió en la traicion; pero el asesino se ha denunciado á sí propio, y yo mismo, sin conocerlo, fui quien lo conduje á casa de Cormon. Conjunto estraordinario de ferocidad y nobleza! Ha entregado su vida con la misma serenidad que se la quitó á mi infeliz amigo! Ya no estraño que Mombel haya hecho tales hazañas, teniendo á sus órdenes hombres de ese temple.—Descubierto ya el delincuente, la clemencia del rey tendrá cumplido efecto.

Emilia. Y qué ha dicho mi padre al saber eso?

Conde. Quiso oponerse y desmentirlo; pero el mulato ha dado todas las pruebas del crimen, y la negativa de tu padre no ha tenido fuerza.

Emilia. Con que á no ser por el sacrificio de Nataniel yo hubiera quedado huérfana!... Ah! cuando se presente á tus ojos, no le muestres rencor! Su última accion borra todo lo pasado; y la voz de tu amigo que grita venganza!... será ahogada por la de tu hermana que te gritará piedad!

Conde. No temas... ten mas bien esperanza!—Yo vuelvo al lado del rey. Quizá estamos abocados á un acontecimiento de la mayor importancia. Las exigencias insolentes del gabinete de San James tienen ya cansado al rey: la humillacion de la Francia ha llegado al último punto de vergüenza y deshonra! El embajador inglés está acosando al rey por el perdon de Jorge Mombel, y ha llegado á amenazar con la guerra. La corte está indignada, y quizá sea tu padre feliz instrumento de una ruptura que nos haga sacudir el yugo de la Inglaterra y recobrar el honor.

Emilia. Dios mio! con que aun tengo que temer por su vida!... aun no debo estar segura de que se ha salvado!

Conde. Serénate, Emilia... serénate, y ten esperanza. Adios!

Emilia. Me dejas!...

Conde. Quizá nos volvamos á ver en mas dichoso momento!—Tu padre va á llegar: haz que se oculte... que se oculte, hasta que yo te avise. En caso de que no triunfemos, la fuga le será facil... no habrá un frances que no crea digno de su honor ampararlo y defenderlo!—Adios! (*Se va.*)

ESCENA II.

EMILIA.

Sí; partiremos!... volveremos á la isla donde nací. En cuanto á Darville... estoy resuelta: le descubriré el objeto que me llevó á visitar á Carlos... Tenerme que justificar!... Quién me hubiera dicho que habia de llegar un dia en que Darville dudase de mi amor y de mi fidelidad!... Pero tenia razon... las apariencias me condenaban!... La ruina, la deshonra... cuántas amar-

guras han caido de un golpe sobre su corazon!... pobre esposo mio! Siento pasos... quién será?... mi esposo ó mi padre?...—Ah! ni el uno ni el otro!

ESCENA III.

EMILIA. PICARD.

Picard. Esta carta para vos.

Emilia. De mi esposo?

Picard. No señora: del señor Albano.

Emilia. De mi padre!... ya sabeis que es mi padre... pero yo os envié en busca de mi esposo... no lo habeis hallado?

Picard. No he hallado mas que á vuestro padre, que me dió este papel para vos.

Emilia. (*Lee.*) «Debia marchar mañana; pero he sabido que el embajador inglés insta porque se anule mi indulto, y voy á partir dentro de una hora. Ven al instante á darme un abrazo.» Dentro de una hora!...

Picard. Sí señora.

Emilia. Y cómo es que no ha venido el mismo?... Pero qué dudo... dónde me espera?

Picard. En su casa: á la puerta teneis un coche.

Emilia. Dios mio!... y si mi esposo llega durante mi ausencia?... Ah! quedaos aquí, y enseñadle esta carta... asi conocerá el motivo... Vamos. (*Vase apresurada.*)

ESCENA IV.

JORGE MOMBEL. PICARD.

(*Abrese una puerta secreta, y aparece Jorge Mombel.*)

Jorge. (*Mirando marchar á Emilia.*) Bien!—Era necesario esta estratagema para alejarla de aquí. Diste las órdenes?

Picard. Sí señor: en vuestra casa la entretendrán hasta que vos llegueis.

Jorge. No tardaré mucho. (*Dándole un bolsillo.*) Toma

los cincuenta luises que te ofrecí por servirme, y descubrirme esa salida secreta.—Vete. (*Vase Picard. Jorge se llega á la puerta secreta y hace entrar á un hombre embozado en una capa.*)

ESCENA V.

JORGE MOMBEL. EL EMBOZADO.

Jorge. Dices que ya le traen?

Embozado. Acaban de hacerle entrar por la puerta del jardin.

Jorge. Dónde le encontrásteis?

Embozado. A pocos pasos de casa del señor Cormon.

Jorge. Y os apoderásteis de él sin resistencia?

Embozado. Sacó la espada para defenderse, y tratando de quitársela, le herimos sin querer en un brazo.

Jorge. Si los camaradas preguntan el motivo de esta orden, díles que no es una venganza, sino una justicia.

Embozado. Bien, mi capitan.

Jorge. Y si preguntan qué será de Nataniel, diles que he dado á su carcelero la mitad de lo que poseo, y en breve estará libre.

Embozado. (*Contento.*) Bien, mi capitan.

Jorge. Que traigan á ese hombre. Anda.—(*Vase el embozado.*) Sí, es una justicia, y sin embargo mi corazon se estremece como si fuera á cometer una injusta venganza!

ESCENA VI.

JORGE. MOMBEL. DARVILLE.

(*Darville sale resistiéndose, sujeto por tres hombres que lo traen delante de Jorge.*)

Darville. Soltadme!... asesinos!... bandidos!... soltadme! Dónde me llevais?...—Cielos! Albano! (*Cáesele la espada.*)

Jorge. Yo no soy Albano! Ahora me llamo Jorge Monbel!...

Darville. Y este atentado... lo habeis dispuesto vos?

Jorge. Qué atentado?... Ah! os han herido en el brazo... Disculpadlos, señor Darville, nuestros modales son un poco groseros... qué quereis esperar de unos antiguos corsarios?... Pero la herida es harto leve para que os dé cuidado. (*Hace una seña: los tres hombres se van.*) No temais nada.

Darville. En mi casa y á vuestro lado... nada debo temer.

Jorge. Tengo buenas noticias que daros, señor Darville: mi hija está libre.

Darville. Libre!

Jorge. Os lo habia ofrecido; y mis promesas... asi como mis amenazas... se realizan siempre. Lo que no os dije antes fue á qué precio habia pagado su libertad; pero ahora ya os lo puedo decir. Ofreci á Cormon entregarle la cabeza del Corsario Jorge Mombel, con la condicion de que él os entregase vuestra esposa: ya lo veis; por vuestro honor hice un pacto de sangre, y hubiera sido víctima, á no venir el cielo en mi socorro. Ya estaba resuelto á morir... la muerte se ha trocado en destierro; pero las pocas horas que he de permanecer en Francia, voy á emplearlas en un acto solemne de justicia. Sobre esto os he querido consultar.

Darville. A mí?

Jorge. En los quince años que he pasado en el mar, he contraido la costumbre de hacer justicia seca y pronta, sin distincion de categorias. Asi que se cometia un delito á bordo, hacia comparecer á mi presencia el delincuente: le interrogaba como un buen padre de aquella familia, y nunca se pasaba una hora sin que fuese confesado el crimen, dictada la sentencia... y puesta en ejecucion. Os turbais?...

Darville. No: os escucho...

Jorge. Oid el crimen que se ha cometido. Uno de nuestros camaradas habia traido de sus viajes un tesoro de inestimable precio: superior para él á los diamantes y al oro: era el recuerdo vivo de todo lo que habia amado en su juventud: era la esperanza de su vejez: lo amaba mucho mas que á su vida!... El insensato, en vez de guardar para sí solo aquel tesoro, consintió un dia en confiársela á otro... y no creais que depositó ligeramente su confianza; no! el que recibió tan señalada mues-

tra de aprecio, era hijo de un antiguo amigo de su infancia, de un hombre con quien durante veinte años habia partido sus penas, sus alegrias, sus peligros! y que le dijo al morir: «te recomiendo mi hijo!» Imbecil, que no adivinó que aquel hijo no tenia en sus venas la honrada sangre de su padre!—Sabeis lo que ha hecho ese hijo indigno, ese hijo ingrato, ese hijo infame?... Ponerse de acuerdo con una gabilla de salteadores; y en las tinieblas de la noche, embozado en una capa cubierto con una máscara, abrir, como un traidor, la puerta de su propio hogar, y entregar á los ladrones el tesoro que habia recibido bajo la fe del mas sagrado de los juramentos!—Qué merece ese hombre?... cómo llamaremos su delito?... Me lo direis vos?...

Daroille. Señor... cuanto mas enorme es el delito... mas claras deben ser las pruebas. La calumnia...

Jorge. Yo tengo las pruebas!

Daroille. No las teneis!... Yo no he tenido parte en el robo de vuestra hija!...

Jorge. Tu conciencia te ha dicho ya que estoy hablando de ella!—Pues bien, si: te digo que la has vendido: el precio de tu consentimiento y tu deshonra era un empleo... la direccion de las rentas reales: el trato se concluyó en casa de Cormon.—Estoy bien informado?... me dejo llevar de la calumnia?—Miserable! olvidaste que tu muger tenia un padre! Olvidaste que por defender su honor he derramado la sangre de un hombre?... Quizá proyectabas delatarme, para asegurar con esta traicion la impunidad de la primera? Ah!... menos criminal hubieras sido llevando al padre al cadalso, que deshonrando á la hija!

Daroille. Señor...

Jorge. Estás irrevocablemente sentenciado! Esta no es ahora tu casa!... Estamos á bordo... á bordo del bergantin *Vengador*, donde yo soy soberano, y mios cuantos me rodean!

Daroille. Ah!... yo os juro!...

Jorge. No jures!... (*Dándole el papel.*) Conoces esa letra?

Daroille. Mis ojos se anublan!... no puedo...

Jorge. Esa es la carta que escribiste á Cormon, fijando las condiciones. El la dejó caer á los pies de mi hija, para desvanecer sus escrúpulos, y probarla que su marido

consentia. Os ha vendido... es una vileza!... pero eso hacen siempre los cómplices.—Callas ahora?... la evidencia te confunde?... Toma, lee!... al pie de esa carta he escrito yo tu sentencia de muerte!

Darville. (*Cayendo en una silla.*) Un asesinato!...

Jorge. Mientes! esto es justicia!—Pues qué, porque tu delito no sea justiciable ante los tribunales de la tierra, deja de ser el mayor de los delitos? Y no tengo yo para juzgarlo y castigarlo, todos los derechos de la magestad paternal?—Acepto sin temor la responsabilidad de tu suplicio; y si á la hora de mi muerte hay alguna sangre que deba caer sobre mí... no será ciertamente la tuya.—Un asesinato, dices?—Pues bien, el juez baja de su asiento, y te permite apelar al juicio de Dios para defender tu causa: quieres ser campeon de la tuya? Alza esa espada, y aqui mismo, entiendes?... aqui mismo... (*Saca la espada.*) pecho á pecho, yerro á yerro, pruébame tu lealtad!—(*Darville confundido se cubre el rostro con las manos.—Jorge le mira con desprecio compasivo, alza del suelo la espada de Darville y se la presenta.*) Toma, miserable!—Esa espada puede servirte de último recurso, si no quieres esperar á los ejecutores de mi mandato. Media hora te doy de vida. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VII.

DARVILLE.

(*Volviendo poco á poco en sí.*)

Mombel!... Mombel!...—Se marchó! Qué es esto?... Cómo no le he dicho que si suscribí á ese pacto infame, fue porque su hija me engañó indignamente primero? Ah! ella no tiene secretos para su padre... le habrá confiado que ama al conde de Arcourt, y él quiere librarla de mí para que no haya obstáculos á su amor!— Si, si!... Emilia... Emilia es quien me mata!...

ESCENA VIII.

EMILIA. DARVILLE.

Emilia. (*Que sale pálida y turbada por la puerta secreta.*) Quién me llama?

Darville. Emilia! eres tú?

Emilia. Qué misterios son estos? Mi padre me manda llamar, y no le encuentro en su casa... quieren allí detenerme... pero un presentimiento fatal me hace volver aquí... Qué ha pasado? por qué apartas los ojos?... (*Echando la vista en la carta que Mombel arrojó sobre la mesa.*) Ah! tenia razon mi padre! tú me habias vendido!

Darville. Señora! ambos tenemos grandes culpas que perdonarnos; pero la responsabilidad de todo esto debe caer sobre quien cometió la primera!

Emilia. Yo culpada! Ah! no puedo sufrir mas! quiero justificarme!—Sabes á qué fui á casa de Arcourt?... á pedirle el perdon de mi padre, que él queria perseguir como asesino de Persil. Ignoras los motivos que tiene Jorge Mombel para odiar el nombre de Arcourt? Pues bien; es porque el padre de Carlos fue su rival; porque amaron á una misma muger. Yo amante de Carlos!... oh! sacrilegio!... yo!... cuando sé que soy su hermana!

Darville. Su hermana! Ah! Emilia! Emilia! te he ofendido de una manera infame! Pero consuélate... tu padre va á vengarte, y ahora conozco que mi muerte es justa!

Emilia. No! vive, vive! A mí sola me toca morir!

Darville. A tí?

Emilia. Mi vida era mi amor!... y ya que no puedo amarte, no tengo mas consuelo que la muerte! Ah! morir con el amargo desengaño de que nunca me has amado!

Darville. Cómo!... eso dices? será posible que te importe de veras mi amor? Pues, Emilia, en presencia de mi muerte, que está cercana, en presencia de Dios, en presencia tuya, juro que á ese delito no me ha arras-

trado tanto la ambicion, como los celos, la venganza!—Yo estaba fuera de mí!... un genio infernal me perseguia, un hombre que me colocó entre dos oprobios, uno ruidoso y otro oculto... entre la traicion y la ruina, y me dijo: escoge!—Yo, sin vacilar, habia escogido la ruina; pero luego me dijo que tú me engañabas... me llamó... me hizo sorprenderte... yo lo ví con mis ojos... ví probado tu delito... y entonces me cegué! Ay, Emilia! el dia que dejé de creer en tí, me desnudé de todas mis creencias, y me lancé desesperado al crimen!—Esto que te digo no me justifica, ya lo sé! no me queda derecho alguno á tu ternura!.... Pero si me atreviera á recordarte aquellos tiempos pasados en que fuimos tan felices!... si yo lograra que alzases los ojos y leyeras en los mios la sinceridad de mis palabras... Emilia, creo que en vista de mi error, en vista de mis remordimientos... en vista de mi amor, me concederias el perdon!

Emilia. De tu amor!

Darville. Sí, de mi amor! tengo derecho á decírtelo! No ves que me olvido de la muerte... que me olvido de tu padre... que estoy todo entregado al gozo de verte inocente! Ah! que venga la muerte!... con ella espiaré mi delito... y tú no maldecirás mi sepulcro!

Emilia. Ah! no llames á la muerte! Huye! esa escalera secreta no la sabe mi padre... sálvate por ella!

Darville. Es eso lo único que me dices?

Emilia. Qué mas quieres que te diga?... que te perdono?... Pues bien, yo te perdono!

Darville. Ah!

Emilia. Pero mi padre no te perdonará! sálvate!

Darville. Y me amas?...

Emilia. Sí! te amo! te amo!... yo creí que mi amor se habia apagado en esta prueba... pero veo que tu voz me conmueve... que tus miradas me penetran... que tu riesgo me estremece... Sí! te amo todavia! (*Echándose en sus brazos.*)

Darville. Ah! ya quiero vivir!

Emilia. Huye!... no tardes!... ocúltate, mientras yo logro aplacar á mi padre.

Darville. Ah! (*Alzando la espada.*) Ahora que mi vida es tuya, yo sabré defenderla! (*Vase por la puerta*

secreta. Al mismo tiempo se abre la del foro y aparece Mombel con dos hombres embozados.)

ESCENA IX.

JORGE MOMBEL. EMILIA.

Jorge. Emilia! tú aquí! dónde está ese infame?
Emilia. Padre mio! qué horror! venís á ser su verdugo? No! yo soy la ofendida... y ya le he perdonado!
Jorge. No hay perdon! Aparta... dónde está?
Emilia. No le busqueis!
Jorge. Infeliz! (*Mostrándole la carta.*) Mira! sabes que él fue quien te vendió... y quien te venderia cien veces?
Emilia. No! los celos le cegaron...
Jorge. Déjame, déjame! quedarás vengada y libre!
Emilia. Libre?
Jorge. Sí, libre de un esposo que no amas.
Emilia. Qué decís, padre mio! yo le amo con toda mi alma.
Jorge. Cómo!... pues Carlos...
Emilia. Carlos! Carlos es mi hermano!
Jorge. Tu hermano! Ah!...
Emilia. Oigo ruido... viene gente á esta casa... Huid vos tambien, padre mio... huid, antes que vengan á prenderos. Por esta puerta secreta he salvado á mi esposo... por ella salvaré tambien á mi padre!
Jorge. (*Volviendo en sí.*) Qué dices?... por esa puerta?.... Maldicion! al pie de la escalera está mi gente, y Darville habrá encontrado ya la muerte!
Emilia. Dios eterno! corramos! (*Abre la puerta secreta: óyese por ella ruido de espadas.*)
Darville. (*Dentro.*) Asesinos!
Emilia. Ah! no le mateis! (*Aparece Darville defendiéndose con la espada de tres hombres que le vienen acometiendo.*)
Jorge. (*Poniéndose en medio.*) Dejadle!
Darville. (*Arrodillándose á los pies de Jorge, y tirando la espada.*) Señor, mi vida es vuestra!
Emilia. (*Que se ha interpuesto y le defiende con su cuerpo.*) Ah, padre mio!

ESCENA X.

DICHOS. EL CONDE, *por el foro.*

Conde. Mombel!

Jorge. (*Sacando la espada furioso.*) Arcourt!

Emilia. (*Corriendo á detenerle.*) Carlos, no te acerques! todo lo sabe!

Conde. Jorge Mombel!... dejemos dormir los odios en los sepulcros! — A tiempo habeis desnudado la espada: acaba de declararse la guerra con los ingleses: el rey os nombra contralmirante y os manda salir al mar con una escuadra: yo voy á vuestras órdenes: quiero combatir á vuestro lado: quiero imitar, si es posible, vuestras proezas! (*Quitándose el sombrero.*) Al mar! contralmirante, al mar!

Jorge. (*Abriendo de repente los brazos á los tres que se agrupan al rededor suyo.*) Ah! hijos mios! — Marchemos! — Mis odios, mis venganzas.... aqui las guardo.... para los enemigos de mi patria!

FIN DEL DRAMA.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 350 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio García Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Tomás Rodriguez Rubí.
D. Ramon Navarrete.
D. Ventura de la Vega.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Alicante.....	*Champourcin.*
Alcoy.....	*Marti Roig.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Cádiz.....	*Moraleda.*
Córdoba.....	*Berard.*
Coruña.....	*Perez.*
Granada.....	*Sanz.*
Habana.....	*Urban Ramos y Alegria y Charlain.*
Jerez.....	*Bueno.*
Málaga.....	*Viuda de Aguilar.*
Murcia.....	*Tejada.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Orense.....	*Novoa.*
Pamplona.....	*Erasun.*
Palencia.....	*Santos.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Santander.....	*Riesgo.*
Salamanca.....	*Blanco.*
Toledo.....	*Hernandez.*
Valladolid.....	*Rodriguez.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Valencia.....	*Navarro.*
Zaragoza.....	*Yagüe.*